

LindenLane Magazine

VOL 28 / Nos.1, 2, 3, 4

2009



Carmen Herrera/ homenaje

Linden Lane Magazine



lindenlanemag@aol.com

P.O. BOX 101582
FORT WORTH, TEXAS
76185-1582

Founded in March 1982 by

Heberto Padilla & Belkis Cuza Malé

Founder, Editor-in-Chief-and Publisher:

Belkis Cuza Malé

Copyright © 2009

LINDEN LANE MAGAZINE

Prohibida la reproducción total o parcial. Cada colaboración representa la opinión del autor, y la revista no es responsable de los criterios emitidos en éstas. Se aceptan manuscritos, pero se ruega se envíen a través de nuestro correo electrónico. El precio de una suscripción anual a

LINDEN LANE MAGAZINE

en los Estados Unidos es **\$30.00** para individuos, **\$60.00** para instituciones. Una suscripción para Latinoamérica o Europa cuesta **\$80.00**.

ISSN 0736 - 1084

It is a publication by

Linden Lane Magazine & Press

www.lacasaazul.org

Queridos amigos:

Este es un número homenaje a la gran pintora cubana **Carmen Herrera**, a sus incansables años creativos, a su universal cubanía. Es un honor ilustrar **Linden Lane Magazine** con sus hermosas pinturas. Gracias a Gustavo Valdés, Diana Alvarez Amell y Zoé Valdés por sus colaboraciones sobre CH. Gracias al resto de los colaboradores por sus textos, y a ustedes, lectores, por la paciencia demostrada ante la espera.

Después de casi un año de inactividad, debido a problemas técnicos, y de una mudanza a la Florida, **Linden Lane Magazine** vuelve a publicarse. Pero esta vez las cosas han cambiado: diferente formato, y tecnología

También ha cambiado la distribución. Los que deseen una copia tendrán que solicitarla directamente a la imprenta, aunque admitiremos también, previo pago, que la pidan a esta redacción. Lo que no habrá más serán copias gratis como hasta ahora, y durante 27 años, hemos estado haciendo. Un trabajo extenuante y costoso, que no muchos apreciaron..

La tecnología moderna nos permite ahora publicar todos los ejemplares que querramos, toda vez que haya lectores para estos. Es un ahorro de energía humana, de tiempo, de recursos y una forma de ayudar a conservar nuestro planeta.

También aprovecho para informarles que gracias a este cambio de formato y sistema, **LLM** podrá aparecer regularmente cuatro veces al año. Los invitamos a colaborar en esta nueva etapa del magazine. Por favor, envíen sus textos o ilustraciones a la dirección de siempre, a través de internet: www.lindenlanemag@aol.com o a BelkisBell@aol.com.

Gracias y bendiciones desde esta orilla del mar,

Belkis Cuza Malé
Directora

Nota: Todas las ilustraciones son de Carmen Herrera, a menos que se señale otra cosa.

Carmen Herrera habla con Gustavo Valdés

GUSTAVO VALDÉS

GV: *¿Cuáles fueron sus primeros conocimientos de arte?*

CARMEN HERRERA: Mis primeros conocimientos de arte comenzaron a ser adquiridos a muy temprana edad. Yo estudié con Federico Edelman, que era el director de la Academia de San Alejandro, y yo iba a casa de Don Federico a recibir lecciones junto a un hermano, pero era a mí a quien le interesaba la pintura. Pasaba muchas horas en su fabulosa casa colonial dibujando las cosas clásicas: cabezas, cabellos, manos, pies. Además, viniendo de una familia enterada de arte, tuve la oportunidad de crecer en medio de una interesante colección de arte formada por mi padre.

GV: *¿Sintió el rigor de un entrenamiento académico?*

CH: De alguna forma sí. Al irme a estudiar a París, tuve que tomar muchos cursos de arte. En algunos de los cursos de dibujo se nos requería copiar, rigurosamente, láminas. De regreso a Cuba entré en contacto con algo muy interesante, y que era el Lyceum de La Habana, una sociedad de mujeres muy intelectuales, y muy activas dentro de la cultura. En este Lyceum había muchas clases, entre ellas, las de escultura y pintura, las cuales tomé. Esto sucedía durante el tiempo en que las circunstancias socio-políticas eran responsables por los frecuentes cierres de la Academia de San Alejandro. Fue por esa irregularidad en la Academia, que nunca me fue posible asistir a ésta. Así que mi aprendizaje en artes plásticas se lo debo, en gran medida, al Lyceum. Posteriormente voy a ingresar en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de La Habana. Allí se abrió para mí un mundo extraordinario que nunca más se ha vuelto a cerrar: el mundo de las líneas rectas, que me ha interesado hasta el día de hoy.

GV: *Entonces pretendía ser una arquitecta...*

CH: Sí.

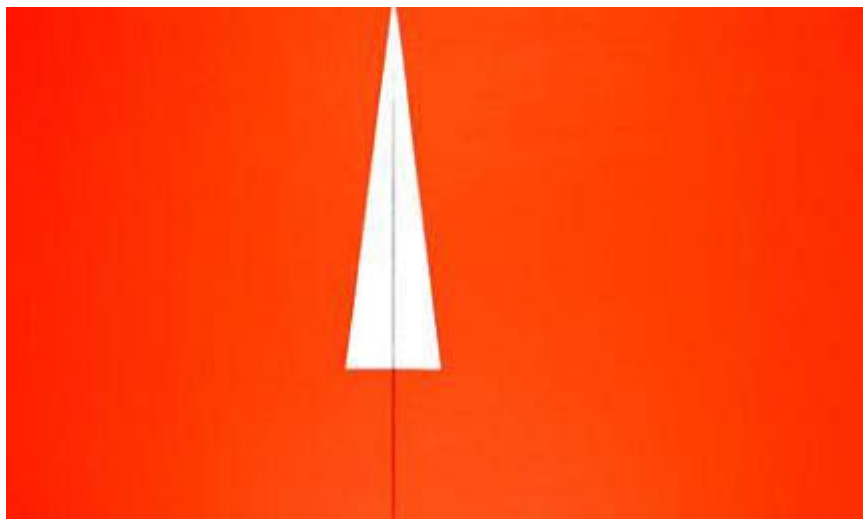
GV: *...y terminó convirtiéndose en pintora*

CH: Sabes, tuve un amigo, ya fallecido, Benjamín Benó, y él me decía que tuve mucha suerte en no completar mis estudios de arquitectura, porque quizás, nunca habría nacido la pintora. Lo cual, no necesariamente debió de suceder así. Sin embargo, estimo que hay ciertos elementos y conceptos de arquitectura que se reflejan en mi pintura, y no me molesta en lo absoluto.

conocí a la mayoría de los artistas cubanos y su obra en aquel momento.

GV: *Ya para nosotros, usted pintaba profesionalmente, ¿no?*

CH: Fíjate que no. Estaba haciendo escultura, y aunque pintaba también, el énfasis era en esculpir. En Cuba había hecho mucha talla en madera, lo cual se me dificultaba mucho en Nueva York, porque conseguir la madera era un verdadero problema. Esto y la influencia recibida de las exposiciones vistas y las visitas a museos, y cómo quedaba de fascinada con éstas, me fueron llevando a la pint



GV: *Carmen, usted llega a Nueva York, por primera vez en 1939, ¿cuál fue el Nueva York que encontró entonces, desde el punto de vista artístico?*

CH: Desde el punto de vista artístico, me sentí muy defraudada. En esa época sólo había dos pintores por los cuales sentía gran admiración: Stuart Davis y Georgia O'Keefe; los otros movimientos de pintura no me interesaban para nada. Sentí que lo que había dejado en Cuba era más genuino, más fuerte. Me hizo notar el alto grado de apertura hacia el arte moderno que se vivía en la isla; esto, dado a que

tura de una forma paulatina, pero también de una forma muy definitiva.

GV: *¿Cuándo se encuentra Carmen Herrera con el mundo del minimal, y lo adopta como estilo?*

CH: Eso fue muy interesante. En París expuse en un salón que hoy ha devenido en histórico: el *Salon des Réalités Nouvelles*, un salón que se creó en respuesta a lo que había pasado durante la Segunda Guerra Mundial, al considerar los alemanes lo *avant-garde* como degenerado, y así todas las voces de los artistas europeos cuyas voces el "nazismo" pretendió callar, se juntaron para realizar este *salón de*

realidades nuevas, donde todo lo exhibido era abstracto, geométrico, y muchos artistas, ya minimalistas. Albers era uno de los expositores, y cuando vi el primer catálogo, fue una revelación enorme. Sentí que lo que recogían esas páginas era el tipo de arte que yo había querido hacer toda mi vida. Me enteré más sobre el Bauhaus, conocí a muchos artistas que exhibían en ese salón, y resultó ser mi camino.

GV: *¿Cómo fue recibida nuevamente en Nueva York, en 1954, una mujer pintora, que además era latinoamericana, cubana, y haciendo las cosas que hacía?*

CH: Mala-mente. Una mujer latina, pintando de la manera que yo lo hacía, tenía todas las de perder. Pero no dejé que me molestara. Creo, si supieras, que el éxito repentino no es conveniente, ni nunca me interesó. Mi carrera ha sido lenta, pero la prefiero así a desbocarme en un tipo de arte apurado, poco inteligente, no pensado.

GV: *¿Cuál es la esencia compositiva de su obra?*

CH: Básicamente el color, y lo que sucede cuando éste se va reduciendo y se queda, como en mi caso, con dos colores. Entonces hay una sutileza, una cosa que casi no puedo ni explicar, al escoger los colores que se van a yuxtaponer. Es curiosísimo. Y por supuesto, hay que pensar en el tamaño y forma (cuadrado, rectángulo, oblongo) del cuadro; y esto lo obliga a uno a ciertas cosas. Pero volviendo a tu pregunta, el color es lo que más me interesa.

GV: *¿Usted considera que el Minimalismo, como estilo pictórico, se ve reflejado en el llamado "arte*



Carmen Herrera y Gustavo Valdés. Foto: Pedro Portal

conceptual", que de alguna manera impera actualmente?

CH: De verdad que me resulta difícil contestarte esa pregunta. A mí siempre me pareció una veta del arte que no alcanza un final, y sí creo que lo que se está haciendo actualmente, en muchos casos, tiene características minimalistas. Lo que yo hago pudo parecer en un momento muy arriesgado, y ya ves, que ahora salen cosas aún más arriesgadas. Pero el buen arte no se encasilla, lo que interesa y trasciende es la obra mayor de los buenos artistas. Algunos de los artistas que hicieron época e historia sólo abrieron los caminos para los artistas de hoy.

GV: *¿Adonde quiere llevar su obra?*

CH: *¿Te soy sincera? A ninguna parte. Que se quede donde está y como está. Te parecerá arrogante, pero estoy muy satisfecha con mi obra. Tras todos estos años de estar pintando, creo haber llegado a decir lo que quería, pictóricamente. No creo poder avanzar más, y ciertamente nunca retroceder.*

GV: *¿Cree que el arte actual está atravesando un período de degeneración?*

CH: No, lo que creo es que hay una gran confusión. Una gran confusión en todos los géneros de pintura, como también en otras esferas del arte. Si los artistas que vamos a las galerías y museos a enterarnos de la obra de los expositores tenemos dificultad comprendiéndolos, me imagino lo que el público puede estar pasando. Nuestra época es confusa y sería mucho pedir que el arte no lo sea. El arte refleja la sociedad; y la nuestra, es, ciertamente, una sociedad caótica.

GV: *Carmen, ¿usted se considera una pintora cubana?*

CH: Yo me considero muy cubana. No creo que exista el pintor cubano, o el francés, o el americano. No soy en el sentido de mi obra nada nacionalista. El artista es universal y no lo limitan definiciones ni *status*. Mi obra en realidad no se acerca a lo que tradicionalmente hicieron los grandes maestros cubanos, muchos de ellos, mis amigos. Puede que alguien que vea mis cuadros piense que es pintura japonesa, por lo simple de las composiciones. No creo que pueda identificarse como pintura cubana.

GV: *Usted realizó sus primeras exposiciones en La Habana, luego en París, más tarde en Nueva York, ¿me pregunto si le gustaría volver a exponer en Cuba?*

CH: *¿En qué condiciones? ¿La Cuba de ahora, o la que pudiera venir?*

GV: *Respóndase usted misma.*

CH: En la Cuba actual no me interesaría. En una Cuba libre estaría encantada en exhibir.

Gustavo Valdés es historiador y curador de arte independiente. Ha publicado *El color de la palabra: entrevistas a 32 artistas cubanos* y co-editado la monografía *Hugo Consuegra*. Es co-productor de la serie filmica "Un pintor, un cuadro" de Lunáticas Productions, París, Francia

Carmen Herrera: como un rumor en el ojo

ZOÉ VALDÉS

Carmen Herrera siempre ha sido una pintora asentada, tranquila en el orden numérico, es decir pitagórica, y cuando se sale de la filosofía de lo geométrico es para destriparse en el caos lírico. Su cosmos es darle sonido a la mirada, insinuar que el blanco y el negro compartidos, encuadrados o triangulares, dentro del sueño nos están murmurando algún verso antiguo, o están sonando con el alarido del violoncello. Carmen Herrera debiera vestir túnica, como una poetisa griega del siglo cuarto de nuestra era. Ella está como en las primeras investigaciones de la forma, del color, sabiéndose los de memoria, como quien vino del futuro –ahora- para desentrañar los jeroglíficos invisibles del espacio, de la medida de esta actualidad inmedible y atemporal que es la antigüedad. Hay artistas que incluso estando en sintonía con las modas o los *revivals* de las mismas, siempre parecerán prove-

nientes de los antiguos, de los primeros. Es como si salieran de una enciclopedia y nos afirmaran apacibles que los inventos son reciclables, y que las ideas viajan en atmósferas mentales, en los dibujos rectangulares de los sueños. La obra de Carmen Herrera viene de ese allá, de la atemporalidad para renovarse en la contemporaneidad.

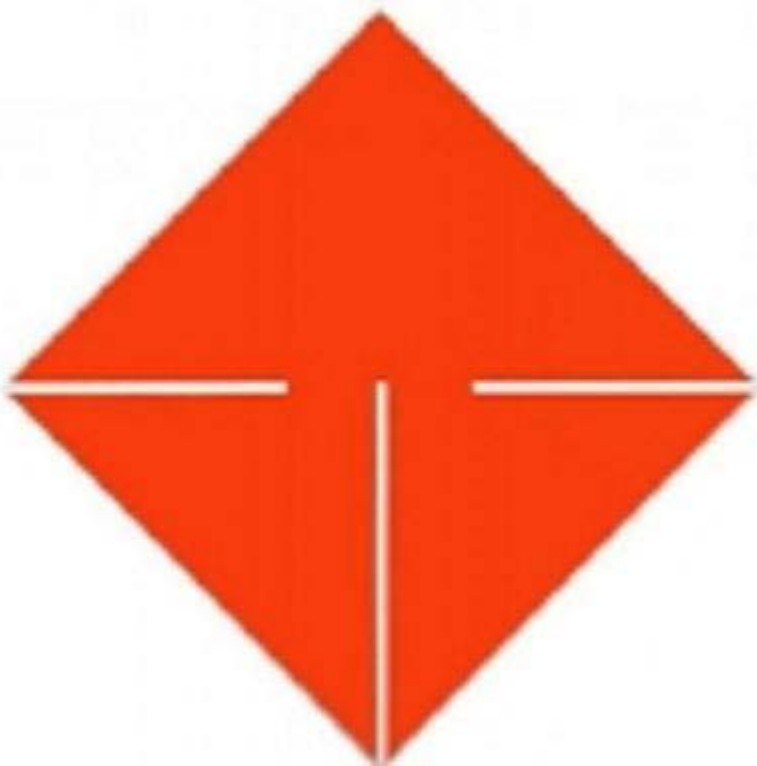
El blanco y el negro resulta un desafío a la mirada, un reto a la pupila esperando colores en este mundo que nos ha tocado, tan excesivamente coloreado. Al observar esta serie a lo Godard es como si pudiéramos también escuchar con los ojos, como si la vista oyera, y de los cuadros fluyera una melodía indescriptible. O sólo descriptible en su espacio numérico. La música es matemática, ¿por qué no fundirla con la pintura en esta aventura de la contemplación? Podríamos extraer la melodía de esos cruces perversos, de esos tajos longitudinales, de esos saltos del blanco al negro y viceversa,

como si estuviéramos estudiando a través de una lupa las notas de una partitura. Así, descomponiendo el cuadro, en una suerte de macrocosmos, escucharemos la sinfonía de la abstracción de Carmen Herrera. Un adagio escuchado con lupa.

Cuando de colores se trata, parece que avanza hacia la teoría de la relatividad de Einstein, no sabemos si el naranja está entrando en el negro o es el negro quien abre una ventana en el naranja. En ese juego de ecuaciones nos entrega el lirismo del objeto formado en lo deforme, o de la nada atreviéndose a reflejar a la necesidad de la existencia del objeto dentro del color. Carmen Herrera nos está mostrando que los colores existen desde antes que existiera el objeto, nos prueba que el arcoiris podría ser triangular o romboidal, que la intensa búsqueda de la forma no se ha perdido, y que hay que reanudar la pasión por los colores, saber elegirlos por su abundancia dentro de la luz, por sus reflejos en los sonidos.

La pintura de Carmen Herrera es de una musicalidad excepcional. Está concebida con inteligencia, con bríos, para la acústica de nuestros ojos. Una vez situada en el umbral de nuestros párpados se lanza en loca aventura de violines, arpas, contrabajos y flautas hacia ese espacio virtual que estando dentro de la capacidad cerebral trasciende a todos los tiempos, viajando desde el futuro hacia la antigüedad más remota, hacia ese momento en que nuestros cerebros comenzaban a formarse, aún no lo eran, y sólo la pintura de Carmen Herrera les cantó en un rumor desconocido, en honda letanía hacia el ojo. Por el que comenzó todo.

Zoé Valdés, novelista, poeta y pintora, conquistó la fama con *La nada cotidiana* y desde entonces no ha dejado de publicar con éxito. Dirige *Ars Atelier*, en París, junto con Ricardo Vega y Gustavo Valdés.



Carmen Herrera: La inconstante armonía

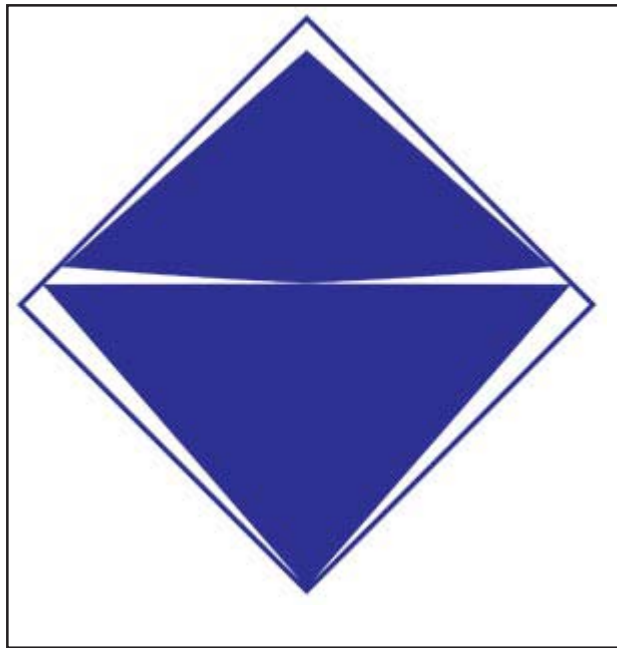
DIANA ALVAREZ AMELL

Interrumpir la solidez del color con una raya angular errante u oponer el contraste entre dos formas tan geométricas como desiguales en volumen, tal es el arte de Carmen Herrera. La artista cubana, cuyo trabajo forma parte de las colecciones del Museo de Arte Moderno de Nueva York y la Galería Tate, halla la solución a su búsqueda formal en el esmerado juego equilibrista del arte geométrico. Abstracto, óptico, cinético, minimalista y conceptual son los distintos rubros que ha usado la crítica para describir los grandes lienzos en su mayoría hoy dicromáticos. El trabajo que empezó ella hace varias décadas sigue evolucionando hacia un diseño siempre más simplificado.

Su impecable construcción de formas no se ajusta con comodidad a una categoría. Su arte no parece hallar cabida exacta en una capilla artística en particular. Por un lado, el más evidente, al prescindir de la figuración, prescinde forzosamente como correlato del recurso de la referencialidad femenina. La incidencia de un modo u otro en el autorretrato como interpretación visual de una condición femenina —que da cuenta del trabajo de artistas de nacionalidades y técnicas muy diversas— no figura ni remotamente en el trabajo de Carmen Herrera. Tampoco son exactos los marcadores regionales o nacionales y no sólo desde el punto de vista formal. Carmen Herrera, habanera de nacimiento, ha sido además ciudadana de Nueva York y París. Ubicarla dentro de las vanguardias internacionales latinoamericanas o dentro del modernismo cubano son explicaciones útiles pero parciales, por ende

inexactas, de su trabajo, aunque Gustavo Valdés ha establecido una genealogía interesante entre Carmen Herrera y otros geométricos cubanos como Waldo Balart y Ernesto Briel.

La propia artista se resiste a categorías para definir su trabajo. El empeño expresivo la llevó desde distintas aproximaciones a las posibilidades en el contraste de formas y colores. En sus lienzos esas formas y colores se disponen según el empleo de un lenguaje estético siempre más frugal. La exigencia que le impone el



vocabulario plástico elegido se vierte en una austeridad visual que parece desmentida por el despliegue cromático. Como ha señalado ya Alejandro Anreus, su uso de color es intenso y no minimalista como son las formas con las que construye según un diseño cada vez más límpido. Sus lienzos provocan la contemplación de los elementos visuales fundamentales a la pintura desprovista de distracción exógena. Es la imposición con estricta disciplina monástica de las relaciones entre el color y la forma geométrica que

resta la posibilidad de distracción anecdótica. Incluso los títulos, cuando se nombran, se atienen a referencias por lo general relacionadas con el color en el lienzo.

Instigada a que defina su propio trabajo, Carmen Herrera cuenta del esfuerzo arduo y tenaz por encontrar “su propia voz”. Como sucede con otros creadores contemporáneos, tanto en la literatura como en las artes visuales, no muestra mucho interés por la crítica. Para ella, parece ser, lo que transmite significación es la materialidad óptica de la manifestación artística, el objeto estético que comunica, no la posible traducción o exégesis verbal de la misma. Esa impaciencia o más bien rechazo de la traducibilidad de la expresión visual a otro medio es debida a la resuelta visión que la ha llevado a diversos acercamientos para articular formas elementales que aun en su mínima expresión potencien una propuesta comunicativa óptica.

Ese despliegue de recursos plásticos mínimos que configuran su trabajo en los últimos años se inicia a partir de los años cincuenta cuando se encuentra con el informalismo en los *Salons des Realités Nouvelles* de París de la posguerra. El informalismo europeo surge para ella como un gesto de libertad que rechaza la mimesis luego del totalitarismo político al que fueron sometidos tanto el arte como la sociedad durante la Segunda Guerra Mundial.

Esta experiencia europea la deslumbró alentándola a intentar las posibilidades en la construcción de formas que aliadas al color prescindieran de la mimesis como

medio expresivo. Una foto personal suya de esos años muestra su abarrotado estudio, con los lienzos amontonados contra las paredes, imagen en realidad de la fantaseada buhardilla de la bohemia europea. De esa época son los lienzos plétóricos de colores y formas múltiples en ese tanteo inicial para hallar su propia expresión. El resultado, como señala Carolina Ponce de León, es un trabajo geométrico que ya en París se adelanta al arte óptico y cinético que se desarrolla luego en Nueva York en los años sesenta.

Carmen Herrera nunca se incorpora ni es deudora del abstraccionismo norteamericano que ve cuando regresa a Nueva York a finales de los cincuenta. Aun cuando el crítico Edward Sullivan le atribuye la influencia del arte abstracto, reconoce que la ausencia del gestualismo expresionista separa el arte de Carmen Herrera del abstraccionismo. Las diferencias con la escuela de Nueva York son de géneros además en más de un sentido, ya que el ambiente neoyorkino con que se encuentra es de predominio masculino. Su contacto más cercano con el abstraccionismo se da en la buena amistad que compartió con Barnett Newman y el interés que alentó ella en él en los amplios campos cromáticos en el lienzo.

Las aproximaciones a la forma y el color la han llevado a un proceso evolutivo de decantación en donde ha ido poco a poco eliminando todo exceso de diseño y de color para centrarse en un austero esquematismo formal, concentrándose a sí misma y al espectador en la valorización de formas geométricas elementales cribadas de la multitud de formas alusivas extemporáneas.

Esa depuración de formas y esmero cromático crea grandes espacios divididos por líneas que generan un movimiento travieso de rupturas. Esas rayas, que un crítico ha llamado *jazzy*, seguramente por la sensación de improvisación a la composición del tema, deslindan las zonas de color en un dinamismo lúdico



Carmen Herrera y Diana Alvarez. Foto Cepp Selgas

que irrumpe en la intelectualidad acendrada de sus composiciones. Juego y movimiento desplazan la serenidad de las amplias zonas de color en una geometría irreverente. Las formas sólidas parecen buscar la armonía de un equilibrio que deben imponer mientras sortean las rayas angulares que las interrumpen para conformarlas divertidas.

Notas:

Anreus, Alejandro. "Carmen Herrera in the context of modern painting in Cuba."

Cotter, Holland. ART IN REVIEW; Carmen Herrera. NYT, 7-24-1998

Herrera, Carmen. Conversación con la artista.

Ponce de León, Carolina. "The Black and White

Paintings of Carmen Herrera."

Sullivan, Edwards. "CONCRETE REALITIES: The Art of Carmen Herrera, Fanny Sanin and Mira Schendel."

Valdés, Gustavo. Ernesto Briel: Heart and soul. (Catalogue of the exhibition The art of Ernesto Briel, June 2-June 27, 2005 at The Wolfson Gallery, Miami Dade College, Miami, Florida, U.S.A.

Diana Álvarez Amell, ensayista y traductora de origen cubano, es profesora en Seton Hall University, en Nueva Jersey. Sus trabajos de crítica literaria han aparecido en publicaciones de los Estados Unidos, España y otros países.

La tía Sara

MABEL CUESTA

“Yo siempre escuché hablar de otra orilla envuelta en una nube de misterio, allí mis primos eran en colores, aquí definitivamente en blanco y negro...”
Fran Delgado. “La otra orilla”

La tía Sara está de pie en la foto Polaroid. Una foto decolorada por los años y la humedad de alguna gotera, algún ciclón que intempestivo llegó hasta las gavetas... la tía Sara se exhibe en su abrigo lujoso junto a una escalerilla que conduce, sin dudas, a la altura de algún edificio de vecinos en Queens, Brooklyn o New Jersey... sonríe levemente... sin hacer extensa la alegría del invierno.

En medio de la nieve, la tía resulta de un contraste interesante... es una hermosa mujer. Una mujer de cuarenta años, en medio de una nieve que parece no rozarla, la nieve del norte de la isla; feliz en su viaje hacia otro tiempo en donde lleva sombreros, botas, paños que la cuidan de un peligroso resfriado.

Retratada para nosotros; lejanos, prescindibles; la tía Sara ha escrito una brevísima dedicatoria que se escapa a su propio deseo de hacernos un regalo. Su letra abúlica pronuncia: yo, a los seis meses de llegar a este país.

El día en que cumplo veinte años. A la hora justa en que he nacido y debo celebrarlo, estoy subida a un tren. Camino a Camagüey. Me acompaño de Silvio y la esperanza agigantada en los días que antecedieron al suceso. Sé que la familia me espera en su alboroto de prima, sobrina que llega de Occidente... prima, sobrina que estudia en la capital; prima, sobrina que promete un elogio de sí mismos, anclados en la mediación, la barriga del caimán por donde dispongo mis pies y mis veinte años que no se reconocen

parte de nada que no sea ese eterno desamparo que he visto en la foto de la tía Sara, a punto de subir la escalerilla de un edificio que no conoce con certeza y desde donde me saluda, altaneramente fatigada.

Llevo conmigo la foto, tías y primos forman parte del andén en donde estoy cumpliendo veinte años de viajes; agotada de mí; presa en el deseo de mejorarme o en el amor que ellos de seguro brindarán, tan llegada de Occidente. Tan paloma del diluvio, tan parecida a la tía Sara sin que ningún rasgo en mi rostro lo delate.

Cuando desciendo la es-



calerilla del vagón al que he sido designada... horas atrás, años atrás, meses atrás, veinte años atrás en Occidente, se abalanzan con discreción, dan el abrazo programado en cada bienvenida, cargan mis maletas con cuidado, dicen feliz cumpleaños, dicen vamos a casa, dicen qué suerte no haya sufrido el tren sus retrasos habituales, dicen has llegado a esta ciudad a descubrirnos en nuestras peores fantasías, deslizan la pregunta ¿cuándo regresas a Occidente?

Yo muestro la foto de la tía Sara y deslizo también mis inquietudes, mis propias interrogantes para dar pie a la extinción de lo que realmente incomoda, pregunto descuidadamente en medio de la cena en que celebran mi llegada a la edad, la ciudad, la familia,

el descenso del vagón, la incómoda presencia fatigada de mi ser: ¿no les parece que dice “este país” con un énfasis extraño?

Ellos hacen que no escuchan mi desliz... ellos celebran el exquisito plato con que una de las primas ha querido celebrarme... dicen, repiten, exquisito, magnífico, succulento... miran con atención mi rostro que debe ser elogioso y en silencio me convencen de que es mi turno a la alabanza... lo entiendo como un trueque y digo: sí, toda una delicatessen... de gourmet, querida prima... pero ¿no es que usa el pronombre con un énfasis extraño?

La tía Ester toma entonces el cucharón, lo sumerge con rabia en la olla sopera, porcelana inglesa, memoria de su boda, tantos años atrás que no recuerda y suelta con cuanta mala sombra puede posarse en su voz de ese instante en que quiere detener el curso de todos los raíles, trenes y memorias, devolverme a mi sitio natal: no hay extrañeza más allá de la que inventas... ella dice “este país” porque simplemente no es el suyo... dice “este país” con la distancia que ha de concedérsele a lo ajeno... no entiendo a qué viene tanto asombro...

Los primos en torno a la mesa deciden que es la hora del café, una partida de cartas, quizá un pequeño paseo por el centro... la ciudad de Camagüey y su eterno laberinto me resultan desconocidos, ellos lo saben. Los primos quieren mostrar la hazaña provincial que se hace estatua en el héroe más romántico, olvidar el suceso del inquieto pronombre que asustara, hacer que la foto no ha existido...

Decido que no debo hablar más de la tía Sara en lo adelante. Decido que debo descifrar a solas el enigma del pronombre y decido sentarme a que pase todo mi cansancio. Es así que tomo el tren de regreso al Occidente. Los primos abrazan mi lejanía de tía Sara a quien ninguno de

nosotros ha visto más allá de la foto que guardo en mis pantalones bombachos, mi cara de foránea que no es otra que el mimético reflejo de otros tantos jóvenes, allá en la lejana zona donde la isla se inicia. Regreso en silencio, acaricio la foto, la miro durante el trayecto; lo hago a intervalos que pueden ser de una hora, un mes, un año, diez años después la estoy mirando.

La miro el día en que voy a cumplir treinta años y estoy subida a un avión que me llevará a cualquier país de la zona antillana. La mirada de ahora está mediada por unas horribles gafas para ver que no he elegido. Fui perdiendo la visión desde el día en que la tía Ester casi destroza la porcelana inglesa a cambio de mi silencio... paulatinamente la mirada se fue alejando de mí y no hubo más camino que estas gafas a través de las que estoy mirando ahora a la tía Sara.

Me resulta inquietante el modo en que parece que no va a subir jamás la escalerilla del edificio de vecinos... quiero saber el motivo por el que su gesto se hace innecesario. Saber en qué lugar exacto está situada, por qué he asumido tan libérrima que se trata de Nueva York, cuando en realidad podría ser Chicago o Boston... si al decir "este país" no está definiendo nada exactamente. Sigo obsesionada con entender por qué la tía se empeña en hacernos enigmática su presencia grácil y pedante a un tiempo único. Por qué ese abrigo que se antoja caro para una recién llegada a "ese país" que no menciona, como si decir su nombre completo le quemara la garganta, la mano con que escribe, el propio abrigo que la guarda...

Sigo obsesionada. Treinta años para entender el por qué de la lejanía en su rostro, el pronombre que la distancia de todos y de mí. Su atarse a la barandilla, tan felizmente inconforme. Su retirada manera de situarse en medio de la nieve. ¿Qué extraño poder tienen las palabras que me llevan a sumirme en medio del vacío, a no entender el misterio de la tía Sara en su foto maltratada?

Qué extraño misterio que no

consigo descifrar a través de años y años de contemplación absoluta, de este perpetuo detenimiento en el que viajo sin cesar y no consigo atarme a nada.

Cuando observo mis fotos a la entrada del Louvre, soy, estoy como la tía. Es verano y no parece. Llevo abrigos, porque el verano en París es algo húmedo, algo que entumece. Llevo un barato jersey comprado en algún pulguero de Miami y llegado a mí a través de un bulto postal, regalo de

Orestes Puente



cumpleaños del abuelo. Un abrigo barato con el que no consigo alejarme en París del rostro de la tía Sara. Tampoco descifrarlo. Un barato jersey que me guarda de la lluvia, que no me deja llorar en Saint Michelle cuando pido un café que apenas puedo pagar, que en nada me alivia del cansancio.

Ningún sistema de señales tengo al alcance. Ningún sistema de señales consigue hacerme ver. Ningún cristal en las gafas que detesto resulta eficaz a la ceguera que aumenta con los años. Cuántos años han de quedarme hasta la nube total, hasta la catarata que me cierre el ojo, hasta no ver más a la tía Sara a quien nunca vi realmente.

Hay otra foto que asegura que miento. Una foto en la que tengo

dos, tres años, no puedo precisarlo. Estoy en los brazos de mi exquisita prima, cocinera en Camagüey, una delicatessen, de gourmet... recuerdo perfectamente ese día, los 20 años que tuve, el instante en que la tía Ester quería sumergir mi voz al fondo de la inglesa sopera.

Esa foto en la que estoy en los brazos de la prima, asegura que alguna vez he visto a la tía Sara. Fue ella quien la hizo, 15 años después de haber llegado a "aquel país". La tía Sara regresó para retratarnos, hacer una copia de nuestra imagen reunida al centro del patio, otra Polaroid que no conserva en su residencia de la Florida. Puede que viva ahora en Miami, Orlando, Tampa, Hallandale, algún sitio para no colocarse al centro de la nieve con su finísimo abrigo, no escribir "este país" con tan sospechosa caligrafía.

La tía Sara regresó una vez, la foto lo atestigua; sin embargo, casi nadie lo recuerda. La tía Sara era solo su cámara y su propia imagen. Quince años después... exactamente catorce años y seis meses después de haberse apoyado en la barandilla del edificio de vecinos que no consigo localizar en el gigante mapa del gigante país. La tía regresó para colocarnos en la foto.

Me subo a otro tren. Llevo conmigo todas las imágenes. Estoy en el patio de la tía Ana. Tengo dos, tres, quizá cuatro años cuando sucede. Acabo de ser inscrita por mi padre. Tengo todas las imágenes. La tía Sara estampada en medio de una nieve que detesta; la tía Ana que cocina deliciosamente en un patio de Occidente, familia de Camagüey que se aproxima en el andén, yo me aproximo y la tía Ester que golpea sin piedad al cucharón, que lo sumerge conmigo en la sopera.

Tengo, guardo, casi todas las imágenes. Estoy subida al tren. Puede que esté en Houston o en Miami. Puede que esté viajando hasta Nueva York. Quiero descifrar cada una de las señales. Quiero saber por qué ha dicho "este país" con tan extraño acento seis meses después de haber llegado. Me pregunto si llegó en realidad alguna

vez. Me pregunto qué buscaba cuando nos colocó al centro del patio de la tía Ana. Me pregunto por qué todos los que estamos en la foto tomada por ella ya no somos parte de la isla. Por qué nos reunimos cautelosos a su lado, si nunca la vimos más allá de esa imagen que he guardado con celo. Si penosamente apenas puedo verla ahora que estoy ciega. Me pregunto por qué la seguimos si no confiamos en su caligrafía.

Subida estoy en el vagón. La foto en mi bolsillo ha de conducirme por la ruta precisa del enigma. La foto ha de hacerme reconocer cuál es la barandilla en que la tía se apoyó.

Prometo recorrer todas las calles de Brooklyn, Queens, New Jersey hasta encontrarla. En nada importa que apenas pueda ver, sé que la foto me conducirá. Necesito encontrar la barandilla, el edificio, la nieve en donde me colocaré al centro con mi caro abrigo deportivo a los dos, tres, seis meses después de llegar a “este país” que se reduce a una foto Polaroid descolorida; “este país” que es un suave gesto de apatía; “este país”, tía Sara que no está cuando finalmente descargo mi mochila en la Grand Central Station y me dispongo a escribirlo.

Toco mis bolsillos, la foto permanece, mi mano que reconoce aún

lo que ya no ven mis ojos lo asegura. Grand Central Station anuncia el megáfono. Una mujer que atraviesa el andén se abalanza sobre mí y recibo su abrazo emocionadamente, ella dice: bienvenida a “este país”. Descubro que es solo una frase imaginada en el léxico familiar a los isleños. Digo gracias y pienso en la tía Ester golpeando su sopera. Algo en mis ojos se ilumina.

Matanzas, diciembre 2006

Mabel Cuesta, escritora y ensayista cubana. Este cuento pertenece a su libro inédito *Sara y otros cuentos*. Reside en New Jersey.

Ediciones Universal



1-59388-162-2

Roberto Luque Escalona

ROLANDO MASFERRER EN EL
PAÍS DE LOS MITOS



1-59388-092-8

Gabriel F. Taborda

PALABRAS ESPERADAS.
MEMORIAS DE FRANCISCO
H. TABERNILLA PALMERO

Ediciones Universal con su filial, **Librería & Distribuidora Universal** es una empresa que desde 1965 se dedica a la distribución y edición de libros escritos en español en general y especialmente de autores y temas cubanos o latinoamericanos.

P.O. Box 450353. USA

Miami, FL 33245-0353

Telef: (305) 642-3234

Fax: (305) 642-7978

LIBRERÍA

3090 SW 8 Street

Miami, FL 33135. USA

ediciones@ediciones.com

ediciones.com

Servimos pedidos a cualquier parte del mundo

Juan Domingo Argüelles

DOS HOMENAJES

Heberto Padilla

A Nedda G. de Anhalt

En sus últimos años Padilla relataba lo que observaba a diario tras sus gafas. Veía un gato y hablaba del gato que arqueaba el lomo bajo el sol de marzo. El gato no era otro que ese gato y el sol no era otro sol que ese de marzo. Quien quisiera encontrar otro sentido fracasaba en su esfuerzo de hermeneuta. En los últimos años del poeta la sombra de su sombra le pesaba. Pensó que ser feliz era entregarse al presente sin más luego que todos los que le hicieron la vida imposible eran ceniza para su memoria. Acaso se engañó pero fue adrede: ni fue feliz ni olvidó su pasado, pero esa forma de mirar las cosas como las mira un hombre sin espíritu lo salvó del dolor de ver en todo la desdicha vivida y renovada. Ellos a la ceniza, yo a la vida, dijo en verso prosaico y melancólico. Se engañaba también porque la sombra de su sombra que siempre lo rodeaba le daba un aura de dolor que nunca pudo borrar de lo que fue su vida. Murió como otros tantos en exilio dejando una memoria de papeles: unos poemas que queman si los lees, unos versos que a veces nos recuerdan que escribir puede ser una condena. Cuando lees sus libros piensa en esto: tal vez sus poemas más comprometidos y en los que más fustiga al innombrable son aqueéllos que no hablan del tirano sino de un simple gato que se arquea. Su lengua más pugnaz fue cercenada por el cuchillo de la ideología. Cuando lees sus poemas piensa en esto y aprende que pensar cambia la vida.

Octavio Paz

A la memoria de Enrique Anhalt

Las palabras son puentes, dice el poeta: palabras que son flores que son frutos que son actos, y el hombre, árbol de imágenes cantando entre las ruinas. Al tiempo que amanece, despiertan las palabras. Úsalas como lentes de aumento para ver la dimensión cabal del universo; despiértalas al tiempo que despiertas con la mañana llena de preguntas. Comienza hoy, pues nadie te asegura que habrá otro día para ti y otras palabras. Coronado de flores que son frutos que son actos, el día fluye hoy como la tibia luz sobre las ramas: oye el rumor del viento sobre las hojas y el puente de palabras que erige la mañana.

Juan Domingo Argüelles (México, 1958). Poeta, ensayista y editor. Sus libros más recientes son: *Todas las aguas del relámpago: Poesía reunida*, 1982-2002, y *Antimanual para lectores y y promotores del libro y la lectura*.



Viaje a la India

JUAN ABREU

(Estas crónicas aparecieron originalmente en el blog del autor, www.emanaciones.com, como parte de una serie titulada **Estampas**).

106

En lo primero que pienso atravesando Delhi es en un inmenso basurero. Y en que toda la religiosidad del mundo no vale lo que un aire acondicionado. La atmósfera es espesa y huele a orina y mierda sagrada. Miles de templos. Hace un calor horrendo. Surcamos calles oscuras llenas de agujeros. Cuatrocientas vacas. El primer semáforo a los cuarenta minutos. Nadie le presta atención. Gente durmiendo en las calles. Un polvo que adivino rojo en la oscuridad lo envuelve todo.

El hotel, un oasis de luz y amabilidad.

Nos acostamos a las tres de la mañana.

Temprano rumbo a Agra, a ver el Taj Majal.

Es improbable que llegemos vivos. ¿Señales de tráfico? Un jainista, en pelotas, duerme en la baranda de un puente. La polla enfangada le cuelga, curva como un sable. Montañas de basura. Estruendo de bocinas. Un camello al borde del camino chorrea tristeza. Toda esa estafa de la Madre Naturaleza. Agua

embotellada si no queremos morir en un segundo. Gracias a Santa Globalización, cocacolas por todas partes. Miles de gente meando al aire libre, pero poco que ver. En medio de una callejuela inmunda el esplendor de un sari y su dueña. El tráfico es un todos contra todos. Carrichoques, bicicletas, coches, autobuses, camiones y los famosos autorickshaws tratan de adelantar a toda velocidad. Vacas, chivos, búfalos y cabras se sitúan estratégicamente en medio de la calle. Es difícil creer que no saben lo que hacen. Prem, nuestro chofer, se abre paso a bocinazos.

Prem, ¿cómo se las arregla para conducir en estas condiciones?

Yo siempre sigo mi corazón.

¿Y las normas de tráfico?

No, las normas no, mi corazón... y rezo a Dios todas las mañanas.

Santo cielo.

Miles de vehículos se disputan la estrecha vía con un desenfado aterrador. Las carreteras de la India pueden describirse como un agujero descomunal interrumpido a veces por islotes de asfalto. Al rato, ya fuera de la ciudad, paramos a estirar las piernas. Es un alivio saber que aquí es muy común la serpiente más venenosa del mundo. Bebo mi primera Kingfisher. Llegaremos a intimar considerablemente a lo largo del viaje.

El Taj Majal (según la guía) ha sido definido como *una visión, un sueño, un poema, una maravilla*. A mi no me impresiona mucho, francamente. Fue construido a mediados del siglo XVII por el emperador mogol Shah Vahan, en

memoria de su esposa predilecta (ojo a la palabra predilecta). Deambulamos por allí y una bandada de niños nos pide que les hagamos fotos. Rien al verse en la pantalla de la cámara. Cosas de niños, me digo, pero poco después acuden varias señoras con sus bebés. Y jóvenes que quieren hacerse fotos con M. Supongo que sus motivos son diferentes a los de las señoras y los niños teniendo en cuenta la manera en que miran su escote.

Veinte mil obreros trabajaron doce años para levantar el Taj Majal. Los imagino al sol.

Los jardines del lugar, dicen, están hechos a imagen y

semejanza del paraíso islámico. Créanme, no es gran cosa el paraíso islámico.

La miseria es densa y apabullante. No hace veinticuatro horas que estoy aquí y ya he visto miles de niños trabajando.

Si ante este horror alguien pronuncia la palabra pintoresco, le entregaré de inmediato el certificado de Hijodeputa de primera clase.

En cualquier rincón, a la sombra de cada árbol, hay un millón de indios.

Las mujeres, bellísimas.

107

Casas de barro, paja y mierda de vaca. Me acabo de enterar de que el sexo anal es castigado aquí con penas de hasta



diez años de cárcel. La represión sexual y las religiones siempre de la mano. Si las pestes religiosas no hubieran aparecido sobre la tierra hoy la humanidad estaría colonizando Júpiter.

Coches hechos a mano. Sin licencia y sin luces. Rueda delantera de tractor y carrocería de triciclo motorizado. Techo de lona. Asientos de madera. Motocicletas que transportan toda una familia: dos adultos y tres niños, incluido un bebé. No es raro que uno de los adultos cargue una cabra. Prem sonriente nos lleva de un choque frontal inminente a otro. Pero siempre escapamos en el último segundo.

M. intercambia mensajes Dios mediante (la *BlackBerry*, quiero decir) con X. que está en Tokio.

Nos alcanza el monzón. Lleva horas amagando en el horizonte. Hace años que no veo llover con tantas ganas.

En medio de la pasta gris ¡una palma! El árbol más feo del mundo. La maldad terruñera persigue sin descanso al paria.

Llueve durante trescientos kilómetros. Un mono aplastado en la carretera.

Brotan las primeras montañas.

108

Rojo y oro contra el cielo. Una nube de mendigos. Trepamos a Amber, las montañas amuralladas, el valle como una boca abierta, los elefantes primorosamente decorados. En sus lomos, ascendemos al fuerte. En la amplia explanada la escalera llena de monos, las bellísimas paredes de plata. Lo del elefante parece simpático hasta que veo al conductor propinarle certeras patadas detrás de la oreja. E hincarlo con una suerte de gancho. Deseo fervientemente que el elefante tire al suelo a su torturador y lo pisotee. Pero nunca hay suerte con este tipo de cosas.

En el palacio Narghar las habitaciones de las nueve esposas del marajá. El guía nos explica el complicado ritual, nos muestra los pasillos secretos. Las esposas jamás sabían a cual de ellas visitaría el soberano. Con ánimo penetrador, se entiende. ¿No hubiera sido más interesante, sexualmente hablando, que las nueve participaran simultáneamente en los refocilamientos, es decir que la diversión fuera colectiva? El guía hace como que no escucha mi pregunta.

En el bulboso tejado, contemplamos el atardecer sobre la ciudad chata y azul.

Llaman desde los minaretes al embrutecimiento general.

109

Antes de llegar, peregrinos anaranjados. Vemos uno que se arrastra y da vueltas sobre sí mismo. De esta forma recorrerá la distancia (decenas de kilómetros) que le separan de Pushkar, su lago sagrado y el famoso templo dedicado a Brahma. Según un poema épico, Pushkar surgió de una flor de loto que Brahma dejó caer. No digo que no, pero tiene que haber sido una flor de loto muy sucia. Esquivamos, por poco, un agujero que seguro va a dar al centro de la tierra. Prem nos dice que en esta zona suelen aparecer elefantes locos.

¿Todos los elefantes de por aquí están locos?

No, no, no todos, sólo algunos.

¿Y cómo se distingue a los locos de los cuerdos?

Los locos atacan los coches.

El hotel, fastuoso, contrasta con la miseria reinante. Salimos a caminar. A la entrada del pueblo una torre dedicada al dios mono. Fea y descascarada. La guía dice que este lugar es “muy pintoresco y mágico”. Yo juraría que es un sitio roñoso donde sobrevive una multitud pobre y abandonada (como no podía ser de otra manera) de la mano de dios. Algunos pillos nos regalan unas flores que hay que depositar en el lago. En el famoso lago esperan otros simpáticos rufianes compinchados con los primeros. Tratan de sacar a los turistas la mayor cantidad de rupias posible. Todo muy religioso. En las aguas a las que vienen los peregrinos a bañarse y purificarse mejor no meterse, a no ser que uno tenga intenciones suicidas.

En el bazar, conocemos a Jeetu y Rakesh. ¿Cómo describir sus ojos? Ojos antiguos. Abundan los mendigos pero estos niños, catorce y diez años, tienen un aspecto especialmente miserable. Nos acompañan. No quieren dinero. Harina, eso es lo que quieren. Que les compremos harina. Cuando le acaricio la cabeza al más pequeño la cara se le transforma. Nadie lo toca. Pertenece a la casta de los intocables. No les dan trabajo, no tienen escuela. El inglés que hablan lo han aprendido con los turistas. En fin, que por alguna razón religiosa o de otro tipo



igualmente canallesco son unos apestados. Nos llevan por toda esta especie de vertedero lleno de vacas (ay, quién tuviera una pistola) y su mierda sagrada.

Viven en el desierto, en las afueras, en una tienda improvisada con desechos.

Hay un montón de gente bañándose en las mugrientas aguas del lago.

Vamos entre la barahunda de peregrinos, pedigüños, mendigos, vendedores callejeros, encantadores de serpientes, falsos monjes, bicicletas y cabras hasta las cercanías del templo de Brahma. Cuando estamos allí, los niños nos explican que no pueden acercarse más porque su presencia de intocables ofendería a Brahma y a los otros tarados de castas superiores.

Ah, con que esas tenemos. Avanzo hasta la escalera de acceso al templo y exclamo: me importas un carajo Brahma de los cojones. Vete a la mierda, jodido cabrón.

Espero alguna reacción del hijodeputa, pero nada.

Ya más aliviado, regreso junto a los pequeños intocables y continuamos nuestro paseo. La zona donde se bañan los peregrinos y cuartel general de los rufianes, bulle de actividad. Nos dirigimos a la parte opuesta y desde allí contemplamos el humano trajinar. Jeetu nos muestra su álbum de fotos. Carga con el a todas partes. En las imágenes, aparece con sus amigos extranjeros que le han comprado harina.

El ocaso sobre las aguas exhibe su plateada indiferencia. Pushkar cuenta con más de doscientos cincuenta templos. Algunos, opulentos, de mármol reluciente. Emergen de entre la basura. Pero no hay escuelas para los niños intocables. Con un poco de dinamita yo arreglaría las cosas. A la mañana siguiente, al partir, Jeetu y Rakesh nos esperan bajo la lluvia. Nos detenemos, bajamos del coche, los abrazamos. Dan ganas de echarse a llorar. ¿Pero de qué sirven las lágrimas en medio de este inmenso aguacero?

110

Nubes por el suelo. Montañas copiosas, campos de maíz. Prem demuestra su competencia, arte lo llamaría yo, adelantando en curvas cerradas con abismo a la derecha. El árbol de los niños. Plátanos. Mil cien variedades de mangos. Llega la niebla. Todo es mármol. Caravanas de camellos que arrastran atestados carretones.

El paisaje bellissimo y con toda seguridad mortal.

En el escozor de los bazares, el brillo de las mujeres.

Pintada sobre seda, compro una escena de caza. Tengo que enviar la obra al artista, Vijay, para que la firme. Los viejos maestros rajasthanis no acostumbran firmar sus cuadros. Lo que importa es el arte, no quién lo hace. Los tigres corren al encuentro de los cazadores. El cielo sobre los elefantes y las montañas es malva, gotea. Ya quisiera Antonio López.

Frente al Rajya Angan Chowk, las mejores verduras y el mejor pollo frito de mi vida.

La noche en Udaipur es aceitosa y cálida. Cenamos al aire libre, en los jardines de un restaurante que da al lago. Crujidos, siseos y hasta un muac. Como si tiraran besos, apunta la diosa. Un murciélago gigante entra y sale de una palmera iluminada.

En la habitación del hotel hay una escultura de bronce enorme. Mohini, forma femenina de Visnú. Mohini, la más sensual, la más seductora. Impulsa la cadera, empuja el culo, ofrece los gordos pechos.

Hay que entrar. Llegan ritmos cremosos. Sorbos a mi querida Kingfisher.

La gran moral es siempre el cuerpo.

Sumo diez años a mi deuda con la justicia india.

111

En medio de los abismos, el templo jainista. Adinath, el de las mil cuatrocientas cuarenta y cuatro columnas. Todas diferentes y exquisitamente esculpidas. Mármol de espuma. Monos que flotan en ríos de calor.

Descalzos, vagamos por el bosque lácteo, trepamos a una terraza que da a la selva. Nos sentamos a descansar. Diosa va de blanco ligero y es una más de las turgentes bailarinas que ablandan las piedras.

Suda: mejillas encendidas, trompa de elefante, flores traslúcidas, techos de carne de caracol, lengua.

Los jainistas practican la no violencia hacia todos los seres vivos. He visto algunos avanzar lentamente, limpiando antes el suelo por donde caminan para no aplastar accidentalmente

un insecto.

Perdido en el mar de columnas, vislumbro cierta paz. Pero es una ilusión.

112

Unos pájaros grandes y feroces devoran un perro camino a Jaisalmer. Tripas azul cobalto y bermellón. Picos ensangrentados. Recuerdo aquella mañana en el MOMA con Reinaldo, cómo me condujo hasta el perro de Francis Bacon. Viene el desierto. Buches de arena. Su voz rasposa. Un reguero de semen el cielo. Avutardas, conejos, antílopes. Ardillas enanas.

Pensé que había visto cosas tristes pero esas niñas polvorientas al borde del camino.

A media tarde arribamos al caserío. Paredes dibujadas. Aguardan los camelleros junto a sus bestias. Hay una voracidad agachada en las mujeres. Y arena en los dientes. Nuestros guías son de madera renegrida. El paseo por el desierto durará tres horas. Subimos a los altos lomos. Desde aquí podemos ver los confines del mundo. Acude una bandada de niños desde la aldea cercana. Nos acompañan un rato.

Los arbustos y los hierbajos se hacen cada vez más raros. Corta el espacio un águila. El viento es un chorro de orina.

Ya nos rodean los arenales. Paramos a descansar. Hay un desamparo viejo en esta intemperie. Ahora la voz del desierto podría ser la de mi padre. M. irradia una

leche primera. Moja la arena con su dicha.

Un camellero se recompone el turbante. Deja un surco en el aire que tarda en diluirse.

¿Quién ganará la batalla entre los matojos y la arena?

La arena.

Los animales se tumban. Nosotros también. La luz es de polvo, el horizonte una gran escama. Caminamos hasta la cima de una duna a ver hundirse el sol. Somos dioses dorados y nuestro reino es de saliva. La penumbra, morada, tus manos de cristal.

De súbito, los camelleros rompen a cantar. Todo es humo.

113

Nos entretenemos poniendo nombre a los adelantamientos. Zato Ichi: *el que se hace completamente a ciegas. De noche y entre multitud de vehículos sin luces.*

Ruleta rusa: *el realizado en curva cerrada, con camión aproximándose por la senda contraria y manada de búfalos a punto de irrumpir en la carretera.*

Bíblico: *con vacas, cabras, camellos, peregrinos, burros enanos, búfalos y elefante loco a la espera.*

Natural: *con abismo a la derecha, torrente inundando el camino y desprendimiento de tierras inminente a causa del monzón.*

Aumentan mis deudas con la justicia india. Cuarenta años, al menos.

El *Hindustan Times* informa que Putin y su criado han invadido Georgia. Desde que ese montón de mierda llamado



Unión Soviética se deshizo Rusia pretende a toda costa recuperar su estatus de dictadura mundial. Una vaca mete la cabeza por la ventanilla, es igualita al presidente Medvedev así que le arrojo un plátano no vaya a ser que los rusos nos invadan el coche. Qué gentuza.

Anoche en la tv santones, gurús, críquet, gente bailando a lo travolta, pelis de serie zeta. Ríos colorados. Campos de arroz. En Fazilka, guarapo. Cazadores de cobras.

Planeamos visitar el Karni Mata o Templo de las Ratas. Pero un hombre santo nos cuenta que de un tiempo acá todo es alboroto y asombro en ese sitio. Ha nacido allí la rata más fea y repulsiva del mundo. De inmediato comprendo que tiene que ser la reencarnación de Lisandro Otero. Las otras ratas, excepto algunas pocas que deben ser, colijo, reencarnaciones de escritores de la uneac cuac cuac, huyen despavoridas. Los sacerdotes están desesperados. Santo cielo que mala suerte la de estos pobres indios. Con lo grande que es el mundo y esas ratas cubanas escritoras vienen a reencarnar aquí.

Decidimos pasar de largo no vaya a ser que la uneac cuac cuac reencarnada al tanto de nuestra presencia nos tienda una emboscada y terminemos contaminados con alguna enfermedad mortal. Sospecho que el templo terminará convertido en una sala de torturas.

Ya en Bikaner diluimos el susto en la suntuosa bañera de mármol. Pavos reales y penetraciones dobles. Creo que voy a reescribir el Kamasutra.

114

Entramos al país de los sij. El paisaje humano cambia notablemente. Sobre todo en lo referente a la población masculina. Hombres grandes, joviales, de manos enormes y piernas largas. Veo algunos tan hermosos que empiezo a considerar la homosexualidad como alternativa sexual. La diosa también los ha visto y está igualmente impresionada. Ojos verdes y amarillos. Barbas negras, cerradas, y esos turbantes enhiestos y elegantes que los propulsan hacia el cielo como chorros tibios.

Del humo de los bazares brotan cúpulas doradas.

Nos descalzamos: la piedra es carnosa bajo nuestros pies y plagada de estrías, oraciones y hervores. M. se cubre la cabeza con un velo y es aún más bella y más deseada en los bordes de la sacralizada represión. Su rostro es un vaho que huele a hembra y a lo que debe oler la generosidad. Se acerca un gigantesco sij: uniforme azul, daga al cinto y dientes fulgurantes. Saluda respetuoso, se inclina, le acaricia la cara. Después, deja ir una frase perfecta y, sonriente, retrocede hasta hundirse en la atmósfera ardiente.

El calor es salado y blando. Estamos un rato inmóviles bajo las arcadas.

El Golden Temple se alza en medio del lago: es una vagina de fuego. Es el rostro de La Noche en Orlán Veinticinco. Es la boca de dios si existiera y fuese mujer y estuviera caliente.

Se abre para tragarnos.

Resuenan los versos del Libro Santo. La multitud atraviesa el puente. Nos unimos a ella.

El Hari Mandir es el vórtice de una espiral acompasada. Miles de peregrinos hermanados por la luz. Aquí no hay castas. Los sij no creen en ellas. En el techo, acaricio los bulbos gigantes.

Bajo cien kilos de oro, nos sentamos a escuchar el canto del ragi. Su voz es casi tan bella como la del camellero

La superficie del estanque, néctar.

Un anciano se sumerge.

Pasa una beldad de rostro indescifrable. Me mira y no sé si quiere degollarme o follarme.

Qué boca turbia.

115

Aquí estamos, camino de la militarizada frontera con Pakistán. Metidos en el bullicioso gentío armado de banderitas. Todos los días, con el pretexto de arriar al trapo nacional, se lleva a cabo en este lugar una insólita ceremonia.

Prem nos ha dicho que no hay que perdersela.

¡Por San Martí, el trapo nacional!

Yo siempre recomiendo que los niños se caguen y acto seguido se limpien el culo con el inmundo trapo nacional no más nacer si quieren conservar la humanidad.

Cercas electrificadas.

Allá vamos.

Nuestra condición de extranjeros nos permite sentarnos en las gradas más próximas a la cerca divisoria entre las dos naciones. Vienen a mi mente los

años en el SMO pavoroso en la isla pavorosa. Yo, con mis grilletos verdeolivo en los negros cañaverales, esclavizado en nombre de la Patria y el trapo nacional. Verdad es que a veces nos follábamos alguna mata de plátano así que todo no fueron penurias.

De este lado de la frontera, los indios cantan y danzan. Batallones de niños se disputan el honor de correr con la bandera hasta las narices de la guardia pakistani y allí agitarla y berrear.

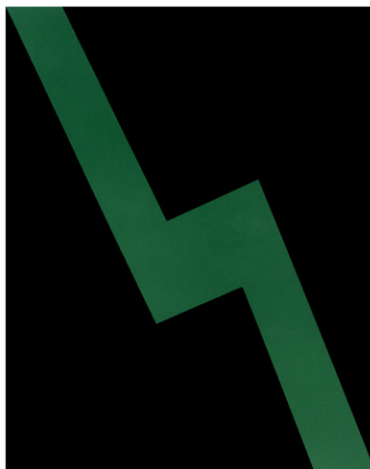
Reverenda HijadePutá la Madre Patria, pienso, pero mis labios permanecen sellados (para decirlo a la manera de los escritores famosos) porque estos indios amables y sonrientes no dudarían en destriparme si me escuchan llamar Reverenda HijadePutá a la Madre Patria.

Del otro lado, algo parecido. Pakistanies corriendo con banderas, berridos; pero nada de bailes que la musulmanería antívvida no lo permite.

Los ánimos se exaltan cada vez más.

Comienzo a temer por nuestras vidas.

Los militares indios, evidentemente seleccionados entre lo más alto de la población, vestidos con uniformes de gala



provistos de un extraño penacho en la cabeza, animan a la multitud para que grite cada vez más fuerte. Lo mismo hacen los militares pakistaníes, vestidos con un uniforme parecido pero más oscuro, y con similar penacho en la cabeza.

Allá, en territorio pakistaní, en gradas separadas, las mujeres cubiertas de pies a cabeza.

La guerra musical apenas permite oír algo que no sea el estruendo de los himnos. Los altavoces indios nos castigan con melodías patrióticas indias, los altavoces pakistaníes nos torturan con melodías patrióticas pakistaníes.

Esto dura ya casi una hora.

Para pasar el rato me entretengo contemplando las bellezas indias. Y algún que otro impresionante sij. Inmersas en el fervor patriótico las muchachas saltan y cantan, sudan y se contonean. Yo las sodomizaría una por una. Y les pediría que no dejaran de cantar el himno nacional y de agitar las banderitas mientras las enculo.

Pensándolo bien, sería mucho mejor si toda esta gente organizara una gran orgía.

¡Pero quién se los plantea!

Cuando el sol está a punto de caer aparece una escuadra de militares indios que tocan una corneta, dan patadas en el suelo, gritan como energúmenos y se precipitan hacia la frontera.

Los militares pakistaníes hacen exactamente lo mismo. Compiten a ver quién grita más y pega las patadas más fuertes. Después de un rato de este ritual de machos encabritados, abren la reja que separa los dos países y proceden a arriar las banderas. Cuidando mucho de que estén siempre al mismo nivel.

Supongo que si una baja más rápido que la otra estallarían la guerra.

Las multitudes no han dejado de chillar ni un segundo.

Y pensar que esta gente tiene armas atómicas.

Al fin acaba todo. Prem nos aguarda entre la multitud.

¿Qué les ha parecido?

Muy interesante. ¿Qué era lo que gritaba la gente?

¡Viva la India, Madre Patria! ¡Muera Pakistán!

¿Y los pakistaníes?

¡Viva Pakistán, Madre Patria, muera la India!

Necesito una mamada.

116

Monzón. Salimos. Un trapo amarillo al viento. Los ojos transparentes del búfalo. Nada de preámbulos, salvo ese olor a coño recién lavado al salir del hotel. Y algo fresco en la cara. En cuanto entramos en el coche se desata. Los goterones amenazan con atravesar la chapa del techo. En dos minutos es como estar debajo del mar. Pero debajo del mar no hay otros mil coches tratando de adelantarte, ni camellos en medio del camino, ni rocas a punto de caerte en la cabeza desde las laderas removidas por la lluvia. Ni cientos de peregrinos desafiando la muerte. Ni quinientas vacas. Me dice la diosa que ayer un autobús fue a dar a un río y todavía no han encontrado a nadie. Decenas de muertos. Vaya. Precisamente ahora tenemos que atravesar un puente. Debajo, las aguas rugen. Asoman árboles

arrastrados. Los indios no reaccionan como nosotros ante la lluvia. No veo a nadie correr a refugiarse. Todo el mundo continúa con lo que está haciendo. Los saris se pegan a los cuerpos. Aguas rojas. Niños en los charcos. Monos de caras blancas. Vaharadas. Mariguana al borde de la carretera. Un extraño cartel: "*Mushroom training center*". Debe ser un arma secreta del ejército indio, digo. Reímos un buen rato.

117

Dharamsala está en la cima de una montaña. Un puñado de casuchas, hoteles, tiendas. Un laberinto de recovecos y callejuelas. Los rostros de los monjes asesinados, torturados, secuestrados por los chinos, en las cercas y las paredes.

Bordeando el abismo, al final de una pendiente, el templo, el museo, la pequeña tienda donde compro unas camisetas y la residencia del Dalai Lama.

Llegamos trepando como cabras por un camino que sería benévolo llamar suicida.

Todo está al borde de algún espantoso acantilado. Desde la azotea del hotel, situado en la pequeña plaza, corazón del lugar, se puede tocar el cielo. Bosques. Picos rocosos. Águilas. La cordillera de Dhauladhar en la distancia. Charcos de sol, duran poco, vienen nubes y nos envuelve un manto húmedo y gris.

Después de instalarnos, bajamos a la plaza y nos unimos a una marcha por Tibet Libre. Las únicas causas que importan son las causas perdidas. Los monjes marchan sosteniendo velas y repitiendo mantras. Dan tres vueltas a las dos calles principales y a continuación se dirigen al templo junto a la sede del gobierno tibetano en el exilio. El templo es muy modesto, también lo es la vivienda del Dalai Lama. Imagino el palacio que hubiera construido aquí HeilBenedicto y su iglesia alcapónicoromana si fuesen ellos los perseguidos.

Distingo a algunos jóvenes occidentales, aprendices de gurús, o simples drogatas esotéricos. Reprimo el impulso de interrumpir los rezos y gritar: ¡Nadie hará nada! ¡Consigan bombas atómicas!

(Ya de paso, recomiendo lo mismo a los georgianos, una bomba atómica y que se la metan en el culo a Putin).

En el templo, un monje pronuncia un discurso en tibetano. Tiene rostro de bronce y pan. Me dedico a mirar a la gente. Niños azafrán de cabeza rapada. La diosa conversa con un joven. Los chinos mataron a toda su familia, torturaron hasta la muerte a su hermano. Escapó atravesando los Himalayas a pie. Salieron cincuenta, llegaron unos pocos. Los chinos los cazaban a tiros, cuando los avistaban. Algo esperanzador, sin embargo, el joven no sabe dónde está Cuba. Nunca ha oído hablar de la isla pavorosa.

El destino de los tibetanos es incluso peor que el de los islopavorosos. Rumio. En la pavorosa, futuras generaciones aniquilarán la dictadura y su espeluznante legado. Barrerán esa peste y tal vez algún día la isla llegue a ser un lugar normal, habitable, un lugar al que un ser humano decente no tenga vergüenza de pertenecer. Un lugar cuyo aire, al respirarse, no envilezca. Pero eso no ocurrirá con los tibetanos. El objetivo de los criminales chinos es



exterminarlos. Y lo conseguirán.
 Me invade una profunda tristeza.
 Miro los rostros que nos rodean. Gente perseguida, sin regreso, como yo.
 Esta es una batalla perdida. A nadie le importa el Tibet. China es demasiado grande, demasiado poderosa. Ningún Vila Matas leerá los nombres de millones de asesinados en el Tibet.
 En el Monasterio Namgyal, los monjes debaten animadamente. Arden perfumadas brasas en el patio de cemento. Thangkas y mandalas. Allí me arrodillo, alzo las manos al cielo y, en ausencia de Dios, ruego a las Furias que no dejen impune tanto dolor.
 Llueve. Aquí siempre llueve.
 Este es el lugar más triste del mundo.

118

Llevo una hora cagándome en la madre del Ministro de Carreteras cuando avistamos el Ganges. La vastedad de las aguas no comunica poderío o grandeza sino desconsuelo. Una enfervorecida multitud se agolpa en la orilla cubierta de templos y escaleras por las que los creyentes descienden hasta las aguas. En ellas se purifican. El Ganges. Yo lo encuentro bastante sucio. Y traicionero. Si los devotos se descuidan

el venerado río los arrastra y perecen ahogados en sus fuertes corrientes. Esto no dice nada al resto de la manada.

Estamos acodados sobre un paso elevado que divide el espacio atestado de vehículos, basura, vacas, tenderetes y la rivera que es un océano de cabezas, torsos desnudos y cuerpos mojados. Cualquier multiculturalista diría que de la muchedumbre emana una singular energía autóctona; yo creo que es simplemente fetidez. Nos rodea una multitud curiosa. Una curiosidad que se torna exasperante a medida que transcurren los minutos.

Por el horizonte se acerca una tormenta. Es ese instante antes de que se desate el aguacero, cuando la vida parece suspendida y lo más importante del mundo es su olor. El sagrado Ganges corre impetuoso a pocos metros y se levanta un viento espeso.

En la otra orilla, la estatua gigante de Krishna. Pero no hay forma de estar seguro. Estos dioses siempre están reencarnando en otros y en otras. Eso me gusta. Uno puede adorarlos como *falo de luz* y al rato ver como les crecen unas tetas que resucitarían a un muerto.

Santones vestidos de púrpura, tullidos, ancianos que se arrastran cumpliendo sabe dios que promesa, niños, muchachas envueltas en infinitos trapos, jóvenes casi desnudos. El cielo terso, color encía. Llega la tormenta y nadie se mueve. Es tanta el agua que los perfiles se borran. Puede que este río sea la salvación. Pero entonces no vale la pena salvarse.

De noche, atravesamos el inmenso bazar de Risikesh y vamos a comer al Haveli Hari Ganga. El restaurante es famoso por su comida vegetariana. Sopa de guisantes, frijoles colorados, un arroz glorioso, dulce de garbanzo,

bolas de trigo cocinado en aceite de cacahuets. Y el mejor penne de mi vida. ¡Qué frase!

Creo que el picante del que abusan los indios en su rico mundo culinario, tiene efectos afrodisíacos en mi humilde persona. De madrugada, aumenta mi deuda con la justicia india.

119

Antes de regresar a Delhi, trepamos a un templo subterráneo en las montañas. Todos los caminos que hemos utilizado hasta ahora son impecables supercarreteras comparados a este sendero salpicado de monos, esporádicamente asfaltado, repleto de agujeros, obstrucciones por desprendimiento de tierras, pedruscos; que durante el noventa por cierto del trayecto discurre al borde de un abismo en cuyo fondo brama un río de aguas enlodadas.

Como si fuera poco, los dioses, siempre benévulos, nos mandan un torrencial aguacero a media ascensión. El sitio está en ninguna parte, perdido entre sierras y bosques infinitos pero hay más tráfico que en Manhattan. Ni un instante dejamos de esquivar vehículos repletos de fieles que van o regresan del templo. Miles de peregrinos suben a pie, chapoteando en el fango y es fácil imaginar que

muchos irán a parar al río al menor descuido. Ese enjambre de mariposas bajo la lluvia.

Arriba, apartamos las nubes y nos unimos al gentío. Olor a frituras y charcos. Sale el sol y en el valle a la derecha, arrozales. Cerca de la entrada al sagrado lugar, un meadero. Decenas de pitos al descubierto y en acción. Un panorama divino, sin duda.

Hombres, niños, ancianas, adolescentes, jóvenes recién casadas solicitan fotografiarse con M. La única diosa en mi opinión que merece un templo en toda esta hermosa triste e insólita inmensidad llamada India.

120

La última noche huele a coco y entretelas. Frente a la habitación, acechan flamboyanes. Durante el día hemos visitado el Gandhi Memorial, la tumba de Humayun en la que estamos a punto de perecer calcinados y el minarete fálico más alto del país. Marcho con la impresión de que los islamistas y en general los seguidores de Alá necesitan desesperadamente pollas.

Helado de azafrán, pan de menta, biryani, raíces de loto y lentejas.

Después de la bañera, deambulamos por los amplios y solitarios pasillos del hotel y como la diosa está juguetona la experiencia resulta reveladora. Muy reveladora.

En el aeropuerto, una invasión de saltamontes. Paso el tiempo hasta la hora del despegue bateándolos con un improvisado garrote.

Juan Abreu, (1952) novelista y pintor cubano ha publicado varias novelas y una antología de cuentos cubanos. Reside en Barcelona.

Guillermo Aldaya

I (Poética)

En todo caso, me empeñé. Vi leche en la cabeza del timón. Sangre cortada en los relinchos de un animal de sangre. Sueños a borbollones. Y un cajón corredizo alrededor.

No fue mi culpa el cuerpo flotante que me trajo. Dejé subir los coágulos del agua por inercia; había soñado ríos en espiga, trozos de música lengüeteando a mi espalda. Y me arriesgué.

Mi disculpa es el ámbar que bebí como abono del cuerpo.

Sé del aire, su prisa. Los malabares del incesto, el sueño malherido de la liebre.

Me inspiro en los propósitos de un maestro de obras.

IV (Infancia)

Son esas las brazas que me orientan. La tira de goma que me apuesto y el muro artificial que me embaraja. Esos los ojos simultáneos que peligran en mí: un niño no es figura de retórica. (Y el tamaño aparente de su espalda bisiesta es capítulo aparte).

Habría querido al hombre en monopolio, la mala sombra en mí, las herejías. Llámame Tú, También, Aperos de Soñar. Y deletrear los nombres como semillas comestibles.

Saberme de mañana. Reinventar fórmulas para despedirse.

El surco, sin embargo, es en zigzag. A pesar del sitio y las comillas. No obstante el pararrayos y la mala lengua.

Va y la infancia es un mercado al aire libre. Un ave sin Dios y contra el viento.

El mal que me posee en usufructo.

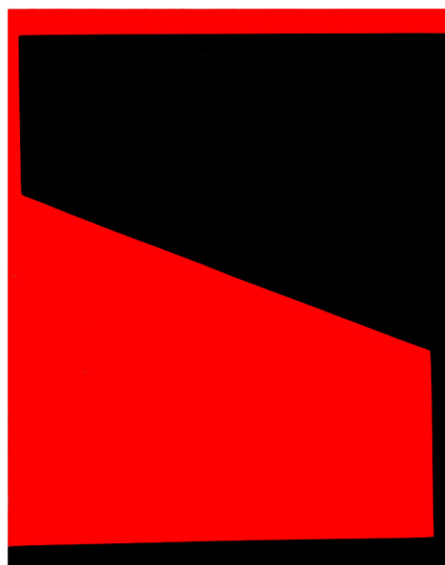
II (Justificación)

Jugué en primera fila. Despedazando lunas en charcos de vergüenza. Contra la hoja abrazadora de mi madre. Gané gravillas --el derecho a su franqueo y su distribución. Pero mi almohada parihuela perdió el rumbo. Y el reino de los cielos se redujo a cuchillos y clavos en mis pies.

Vi la tierra compacta atravesarse. Vi esquivar mediodías. Vi pólvora relámpago en el tiempo, curva y sebo en el pescuezo de los gallos. Y deudores morosos en vueltas de carnero.

Por eso el día en remolque. Por eso el sobre cerrado en que me entrego.

Guillermo Aldaya, poeta, fotógrafo y pintor cubano residente en Brasil desde 1991.



Dulce María Loynaz

ANA CABRERA VIVANCO

A la Dama de América que, con la magia de sus versos, convirtió las piedras en estrellas.

“Mi vida entera puede pasar por el rosario, pues aunque ha sido ciertamente una vida muy larga, me fue dado vivirla sin premuras, hacerla fina como un hilo de agua”...

Dulce María Loynaz

(Últimos días de una casa)

A comienzos del año 92, conocer a Dulce María Loynaz personalmente me parecía un sueño inalcanzable. Aún hoy me parece estar soñándolo y no consigo del todo aceptarlo como una realidad. Por entonces yo andaba enfrascada en la batalla de escribir lo que se dice en serio y entendía algo más que serio no ya el empeño de escribir sino mi pretensión de acercarme a la poetisa.

Conocía parte de su obra: Poca para ser justos y quizás ni siquiera lo mejor de su poesía. Pero esos pocos versos suyos me habían ya calado hondo y exaltado la imaginación de la primera juventud. Más que la poeta en sí, me intrigaba la mujer que tuvo la osadía de escribir a Tut- Ank - Amen una carta de amor que a mi juicio inmortalizó a la “exquisita criatura” más allá de los mitos orientales y las cenizas cuatro veces milenarias. Muchos, al leer la carta, habrán sido atrapados al igual que yo y habrán recibido como yo, esa impresión sobrecogedora, mezcla de asombro, imposibilidad, ternura y desolación que nos deja la lectura del poema, pero sobretodo, probablemente, habrán sentido el apremio de descubrir a la autora, de penetrar la personalidad y el alma de aquella muchacha que, con sólo 26 años, fue capaz de escribirla y conmovernos haciéndola trascender generación tras generación sin que perdiera un ápice de su encanto inicial.

No, no fue Cervantes sino

Tut- Ank- Amen quién me trajo hasta usted –le dije-, la tarde que la conocí, cuando con el bastón en ristre me anunció que no le interesaba en lo absoluto el proyecto que venía a proponerle: reunir a las mejores poetisas hispanoamericanas para escribir sobre ellas.

–Usted está aquí, porque me dieron el Cervantes –me dijo. De no ser así no habría venido a verme.



Dulce María Loynaz

En cuanto a las poetisas, dejó claro que nadie había vuelto a pensar en reunir las desde el 4 de abril del 51, cuando ella les dedicó su discurso de entrada a la Academia Nacional de Artes y Letras, titulado precisamente así: Poetisas de América.

–No viene al caso ocuparse de eso ahora. Desde el 51... ¡figúrese! Ha llovido mucho desde entonces. ¿No le parece?

La entrevista estaba terminada y con ella quedaba trunca la investigación que había iniciado hacía alrededor de un año en la Biblioteca Nacional. Restaba sólo despedirse. Afuera llovía a cántaros. Pensé que la tarde se afligía con mi tristeza sin esperanza de escampar. Pero en vez de despedirme, se me ocurrió decir algo, y lo dije por decir como si hablara apenada de mí misma.

–En el 51 yo estaba recién

nacida. No sabía ni leer ni escribir.

Me sonrió con picardía. Con esa sutil picardía que retuvo en su sonrisa hasta el final y quedó recogida para siempre en las que fueron sus últimas fotografías.

–Discúlpeme estoy prácticamente ciega, no distingo la edad de mis visitantes... Y a propósito... ¿Usted cree que ahora si sabe escribir?

–Lo estoy intentando seriamente. Respondí alebrestada por el giro repentino que cobraba la conversación.

Por largo rato hablamos de las poetisas: de la “excelsa Tula”, como llamaba a nuestra Gertrudis Gómez de Avellaneda, me contó anécdotas de Gabriela, de su encuentro con Juana en Uruguay, de la trágica muerte de Alfonsina y el misterioso final de la más grande de todas, la que ella siempre ponía por encima de todas las demás.

–¿Dice usted que tiene a Delmira concluida y le gustaría leérmela?

Yo asentí entusiasmada.

–Sabe, yo soy muy sincera. Aparte de escribir, ¿a qué otra cosa se dedica en su casa?

Friego cazuelas –le dije, pensando que, de todos los quehaceres de la cocina, fregar resultaba el más ingrato.

–Pues bien, quedamos en lo siguiente: Usted me trae a Delmira. Si me gusta como escribe, comenzamos el trabajo y la dejo escribir mi biografía. Si no, ya sabe: puede volver a sus cazuelas.

Así fue que empezó todo. Un todo que se me fue de las manos, que traté de resumir en un libro sin saber, que la empatía y la amistad no se recoge en un título ni se encierra entre carátulas.

Cuesta mucho expresar mis impresiones con palabras, cuesta ordenar los recuerdos y sobretodo transmitir a través de esos recuerdos, lo

que significó para mí trabajar con Dulce María Loynaz. Nunca he sido dada a contar con facilidad cosas que de algún modo van con uno, impresas en la retina y más que todo sentidas muy adentro.

Debo decir con toda sinceridad que al principio me lo tomé como un reto, sabía que estaba atravesando una situación privilegiada, una experiencia irrepetible en mi vida y esto probablemente me espoleaba, o más bien me sostenía, porque he de decir también sinceramente que en más de una ocasión estuve por desandar lo ya andado, y declararme vencida, echándolo todo a perder. Llegué al punto de creer que era preferible incluso dedicarme a mis cazuelas.

La propia Dulce María se encargó de dejar claro lo que esperaba de mí o mejor dicho, lo que me esperaba a mí si quería escribir de ella. -Escriba con ecuanimidad, diga solo lo que siente, y no haga un libro largo. Ya sé que mi vida es larga y que hay mucho que contar, pero si escribe demás, corre el riesgo de perderse en halagos y frases admirativas que no se ajustarían a la verdad.

- ¿Cómo quiere que resuma sus noventa y tantos años en menos de 200 cuartillas?

-Exprima toda mi vida, extráigale el zumo como si fuera una naranja. Ya lo hizo con Delmira, ¿qué diferencia hay conmigo?

- No es lo mismo, usted lo sabe. Delmira vivió sólo veintiséis años, y yo no la conocí. Usted en cambio...

- Piense en lo de la naranja. Ya verá como le sale. Por cierto, hoy es jueves. ¿Qué le parece si el martes de la próxima semana me trae ya el primer capítulo? Qué no nos coja la noche leyendo, ya sabe, los apagones no perdonan ni el Vedado.

Pero a medida que pasaban los meses, y nos íbamos adentrando en el trabajo y ganando en confianza, los días comenzaron a acortarse, las tardes hacerse más plácidas y las noches a tomarnos desprevenidas, sumiéndonos de súbito en total oscuridad. Debo decir que los apagones en casa de Dulce

María cobraban un efecto mágico. Los pinos que rodeaban el desolado jardín, oscilaban agigantados por las penumbras, los gajos secos y negros sombreaban las ventanas y la estatua de mármol del portal, amedrentaba a la luna con su tronco mutilado de lividez fantasmal. El ambiente se tornaba sobrecogedor, alucinante al extremo de sentirte identificada con los "sobrevivientes" de Gutiérrez Alea. En la Sala, la figura menuda de Dulce María, se perfilaba bajo el resplandor titilante de las velas, recostada al butacón. Se diría que venía de otro



Dulce María Loynaz

tiempo, o tal vez era que el tiempo no contaba en la sala. Yo tenía la certeza de que sus manos flotaban, que eran un par de alas blancas revoloteando en las sombras. Fueron las únicas noches de mi vida que bendije un apagón. No sólo porque me retenía en su casa prolongando la entrevista, sino porque hacía el momento más íntimo y propicio a confidencias y en aquellas confidencias estaba lo mejor del zumo: toda ella en sí misma.

Poco a poco, se me iban revelando facetas de su persona que no podía suponer. A veces podía llegar a ser más dulce que su propio nombre, y otras ocurrente y sagaz, dependiendo

de la situación o el tema que se abordara.

-¿Es cierto eso de que la hija de Raúl Castro es gran admiradora suya y hasta vino a visitarla.

- Puede ser.

- Pero dicen que le preguntó cómo veía usted el futuro de Cuba.

- Bueno para eso hay una sola respuesta: A mí, Dios me dejó ciega.

En más de una ocasión me demostró su amistad temiendo por mi salud, y por lo mucho que podía afectarme escribir de madrugada.

Yo le respondía siempre citando el poema número III de sus "Poemas sin nombre"

"Sólo clavándose en la sombra, chupando gota a gota el jugo vivo de la sombra se logra hacer para arriba obra grande y perdurable"

-¡Hija, pero no hay que exagerar! ¿Qué hace para mantenerse en vela, beber café? Porque no me vaya a decir que le basta con el jugo de la sombras.

-Tampoco alcanza el café. Así que recurro a la albahaca, Paso las madrugadas en blanco tomando tisanas de albahaca. Tengo pelada la matica del patio, pero siento bien y la musa lo agradece.

La risa brotaba espontánea, en medio de la conversación, nos servía siempre de bálsamo y era también un recurso al que solíamos apelar, para dejar atrás los temas álgidos, dolorosos y sensibles que inevitablemente nos tocaba abordar.

No era Dulce María, mujer de lágrima fácil. Creo que nunca lo fue; ni siquiera en los momentos más duros, cuando su mundo se vino abajo y quedó sin asideros: a solas con su soledad. Solamente una vez la vi sacarse los lentes para secar los cristales que empañara la emoción. Fue la tarde que me habló de aquella rosa verde que Pablo le regaló en Canarias.

-Estaba recién abierta, bañada por el rocío y a mí me dio por creer que aquella rosa era única en su especie y había nacido sólo para mí.

A pesar de lo mucho que le agradaban las flores siempre se negó a aceptármelas.

-¿Para qué me trajo rosas? – me decía entristecida-. Las rosas son para regalar los ojos, y usted sabe que los míos apenas las puedan ya disfrutar.

Yo permanecía callada, recogía las rosas de su regazo y las acomodaba a mi modo en el búcaro que tenía frente a la imagen de la virgen de la Caridad, la santa patrona de Cuba, la que según me contaba había guiado a su padre y a las tropas mambisas en la manigua.

En los años que permanecí trabajando con Dulce María no dejé pasar ni un día sin implorarle a la santa. No podía suponer que Dulce María también me incluía en sus plegarias. No lo supe hasta algún tiempo después, una mañana inolvidable de diciembre. Ese día, muy cerca ya de concluir el libro, trabajamos intensamente. Estaba pronta a marcharme cuando ella me tomó las manos de repente, apretándolas con fuerza entre las suyas y sin dejar de mirarme fijamente a los ojos, dijo:

-¡Qué Dios le conserve la inspiración hasta poner el punto final a su obra!

Tanto le quise decir, que no alcancé a decir nada. Lo único que atiné fue a retener por un instante más sus manos entre las mías y a despedirme besándola en la frente. Se que ella me entendió... Hay momentos en la vida en que sobran las palabras.

Aunque estaba lejos de ser la anciana rígida, distante y resentida que muchos suponen o quieren suponer que fue, era estricta en sus deberes académicos y además de su elegancia de espíritu, poseía un perfecto sentido de la ética profesional que solía desconcertarme.

Tardó muchísimo tiempo en llamarme por mi nombre, y admito que esa omisión, llegó a intrigarme bastante, yo me decía que la causa no podía estar dada por la falta de confianza o sinceridad en el trato, puesto que de acuerdo a su criterio, la confianza y la sinceridad eran dos condiciones imprescindibles para la credibilidad de nuestro trabajo. Tampoco cabía achacarlo a una falla en la memoria, porque si bien es cierto que

la vida le jugó una mala pasada con la falta de visión, la compensó con una lucidez asombrosa que habría de conservar intacta hasta el fin. ¿Qué era entonces? Mi curiosidad fue castigada con una respuesta tajante:

-No crea que por llevar el apellido de un ilustre historiador le voy a hacer concesiones. Hay quienes se acostumbran a vivir del nombre, y puede que les vaya bien, no se lo niego. Pero al final los nombres pasan, se olvidan, se sustituyen por otros. Es tu obra lo único que permanece y trasciende, y esa sí que por más que lo intenten, nada ni nadie te la puede arrebatar. Lo digo por experiencia.



Ni siquiera cuando se fracturó la cadera, aceptó interrumpir las sesiones de trabajo. Me recibía en su cuarto, y aún postrada en su cama, con los párpados entrecerrados hacía acopio de entereza para no perder ni un ápice de la lectura de mis textos. Fue allí, en la intimidad de su habitación, cuando estrechamos los lazos que habrían de unirnos para siempre, fue allí, donde empecé a valorar sus condiciones humanas, a reconocer la gran mujer que residía en sí misma y que ella misma, al igual que su vieja luna, se encargó de relegar a su mitad en sombras. Fue allí, que gané a la amiga, fue allí que también ella se ganó mi amistad y como amigas nos tuvimos desde entonces.

Desistí de llevarle flores. Cambié las rosas por el chocolate que si podía disfrutar. El chocolate era un lujo que no podíamos permitirnos los que vivíamos de un sueldo y

cobrábamos en moneda nacional. Pero yo lo procuraba hasta debajo de las piedras. Me encantaba la sonrisa de complicidad que le asomaba a los ojos cuando la sorprendía con unos cuantos bombones en Navidad o el día de su cumpleaños. No pasó por alto la sutileza de aquel cambio en los regalos, y trató de disculparse.

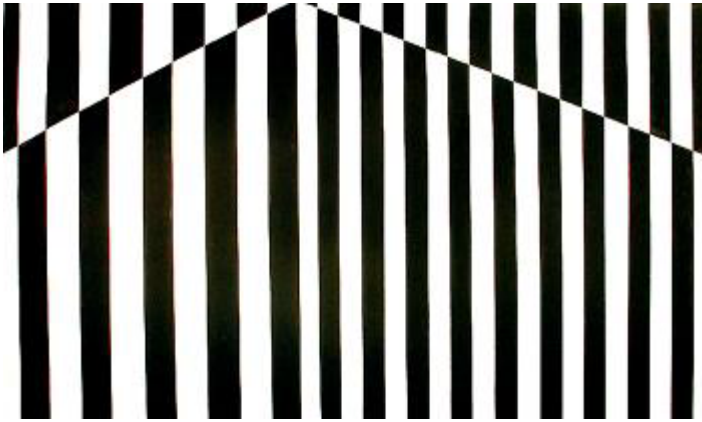
-No vaya a tomarme a mal lo de las flores. Aprecio mucho su gesto. No es sólo por lo de la vista, sabe... Es que las rosas le pertenecen a Pablo. Tráigamelas cuando yo ya no esté... Las últimas rosas se las dediqué el día que tomé la decisión de despedirme para siempre de su casa. No sabía que poco tiempo después me tocaría a mí también despedirme de la mía, renunciar a todo lo mío y partir de mi patria en un viaje sin regreso.

La sala estaba vacía pero retenía misteriosamente su presencia. María del Carmen, su sobrina, se encontraba enfrascada en la mudanza. Había conservado la casa como si fuese un santuario. Todo estaba en su lugar. El sillón junto a la ventana de la cocina, la musa de mármol, descabezada en el portal, el bastón descansando igual que siempre, sobre el enorme butacón de pana descolorida, la pequeña comadrita donde yo solía sentarme a leerle los capítulos de *La Voz del Silencio*. Tenía siempre la impresión de que iba a aparecer de repente, vestida con su bata blanca, saliendo de la cocina o de aquella habitación de los bajos donde me recibió tantas veces. Las rosas se habían mustiado en mis manos mientras yo repasaba el salón con la vista. Sabía que lo estaba viendo por última vez y quería que nada se escapara, que cada recuerdo quedara grabado en mí para siempre. No sé cuanto tiempo estuve recopilando vivencias. María del Carmen había tenido la delicadeza de dejarme a solas y se hallaba atareada recogiendo en el fondo de la casa. Empezaron a salirse las lágrimas. No quería que María del Carmen me sorprendiera llorando y me apresuré a poner las rosas ajadas en el búcaro de porcelana blanca, junto al cuadro de una Dulce María risueña, que recibía el Cervantes

de manos del Rey de España. Las rosas eran un desastre, pero yo me recompuse como pude y me fui a la cocina en busca de María del Carmen. Apenas intercambiamos palabras mientras

que era su casa, y que la tenían en ruinas y a ella arruinada también. Pero encapricharse en que dejaran a la estatua así mismo, sin cabeza... Sería su voluntad y todo eso pero la verdad

contamina y todo lo absorbe, chupándose los nobles jugos de la juventud, los últimos arrostos de la vejez, las más claras luces de los intelectuales y las mejores energías de tres generaciones de cubanos (...) La inteligencia del hombre será siempre su arma más preciosa y los que aspiran a gobernar al hombre lo saben muy bien(...) Naturalmente no atemperan ellos el mando a la cultura sino que quieren atemperar la cultura al mando y esto lo consideran vital, tan decisivo para sus intenciones, que han llegado a extender su acción coercitiva hasta el canto del poeta, el manual del pintor, al estilo de una sinfonía, pero ahí es donde quiebra su autoridad desorbitada, los regímenes que los hombres se inventan, imperan sobre los hombres, pero no sobre sus potestades intelectivas, sobre su indeclinable majestad animica(...) Son los místicos, los artistas, los poetas, los que rebelan a los demás al sólo resplandor de una palabra, de un trazo, de una música, el mundo mágico que todos llevamos dentro."



bebíamos el café. Recuerdo, eso sí, haberme lamentado por lo de la flores. -Debí desecharlas –dije. Lucen como yo: afligidas, y marchitas.

María del Carmen se levantó para acompañarme hasta la puerta. Nunca he logrado explicarme el porqué de aquel pronto que me entró de volverme a la sala y darle un último vistazo. Nos quedamos sobrecogidas de estupor. Las rosas se habían erguido en el búcaro y estaban todas abiertas, envaneidas de su frescura inusitada. Ha pasado más de un lustro desde aquella tarde milagrosa. Muchos de los que visitan la isla y regresan luego a España, me vienen a contar historias de la casa de Dulce María Loynaz. “Si la ves, no la conoces, la han dejado guapísima, me dicen los españoles. Claro, fuimos nosotros quienes pusimos la pasta, jeje... ¡Nuevecita de paquete! exclaman los cubanos. Ahora es un centro cultural con todos los hierros. Su firma está grabada en la fachada en letras doradas. Tienen sirvienta y limpiadora, ¡te brindan hasta café! Si como lo oyes: café, del bueno, todo el que tú quieras. Hay salas de conferencias, ordenadores. ¿No soportaba los ordenadores? ¿Se quejaba de qué no tenía bolígrafo? ¡No me digas, la pobre! Bueno pero no van a limitar el desarrollo porque Dulce María escribiera a mano. Si ya se sabe

es que la viejita era rara. Si vieras el jardín, es un sueño. ¿Te acuerdas cómo estaba aquello? Hasta la fuentecita tiene su chorrito de agua. ¿La cargaban por cubos? ¡Qué cosa! Hay que dejarse de resentimientos. Eso no conduce a nada. Te aseguro que si pudieras ir a Cuba, te quedabas encantada con la casa. Allí está ahora la Academia de la Lengua... ¿Cómo que cual lengua? La nuestra, la cubana. ¿Ya estaba cuando Dulce María? ¡Ay! Mira tú, ahora me entero.

No son todos los que están ni están todos los que son. Qué hay de todo por acá, Algunos que no olvidan nada y otros que olvidan todo lo que no les convenga recordar. Tanto para los que: resentimientos aparte, somos buenos memoriones, como para los desmemoriados, verdaderos resentidos de nuestra memoria histórica, sugiero leer con detenimiento estas palabras de Dulce María Loynaz, extraídas de un discurso pronunciado en La Habana en El Día de las Artes y de las Letras un sábado 23 de marzo del año 52. Cualquier semejanza con la realidad actual, no es pura coincidencia:

‘Nuestra tierra trajinada por las pasiones y sacudida periódicamente, constantemente casi, por los sismos de nuestra política convulsiva, rudimentaria, tumultuosa. Política que todo lo

“¡Cuántos pudieron verse en una frase mejor que en un espejo y cuántos reconocieron en la expresión del sentimiento ajeno, la pena sin nombre, la dulzura escondida, el florecer del alma que eran suyos! (...) Porque el hombre es olvidadizo y necesita que alguien con la voz, con la piedra, con el corazón le prolongue su presencia más allá de la muerte”.

Hoy, 27 de abril, en el décimo aniversario de su muerte, se me ocurre que el mejor homenaje que podemos dedicar a nuestra dama de las letras castellanas, es unirnos todos en este envío que a través de estas páginas habrá de llegar a ella donde quiera que esté:

Por todo lo que se te dio y se te negó.
 Por todo lo que ganaste y perdiste.
 Por ser criatura de islas,
 fragante flor de esa Isla que
 quisiste te guardara la última
 bajo un poco de su arena soleada.
 Por todo lo que nos diste.
 Dios te salve y te guarde eternamente,
 Dulce María Loynaz.

Ana Cabrera Vivanco, novelista y periodista cubana, es la autora de *Las horas del alma*, y *La voz del silencio*, biografía de Dulce María Loynaz..

Chamaco, tragedia urbana nocturna y postmoderna

BALTASAR SANTIAGO MARTIN

Soy cubano, y estuve en Cuba de visita desde el 21 hasta el 31 de agosto de este año 2009; el 11 de septiembre regresé a enterrar a mi madre, y luego el 15 retorné a mi Hialeah vital; quince días en total habitando las ruinas de mis recuerdos en casi todos los sentidos: familiar, social y arquitectónico –porque el paisaje natural ha sido más fuerte que nuestro Arruinador Absoluto, siendo la Naturaleza la única que le ha vencido, junto con la Biología.

Bajado de la máquina de Cronos, durante los primeros diez días fungí como arqueólogo social improvisado en medio de esas ruinas de que hablo, y tarde en la noche, cuando ya mi mamá se había acostado, estuve habitando también la noche matancera, conmocionada por tres días de remedo del ya casi olvidado carnaval; feria de pocas vanidades en un submundo dedicado a sobrevivir, con inquilinos sin desahucio posible, precisamente porque ya la propia vida los ha desalojado de sus esperanzas.

Pero la Feria de pocas vanidades mayor la vi en La Habana, durante los tres últimos días antes de regresar desde las antípodas del tiempo, en esa larga vitrina humana –sin otro cristal que la sordidez que lo empaña todo– que es el Malecón habanero.

Desde la Avenida del Puerto hasta La Rampa caminé esa frontera de concreto y espuma que separa la Isla de todos los sueños posibles, y estoy seguro que en las últimas tres cuerdas había al menos más de un Kárel Darín, y muchos Alejandros y Migueles Depás, los personajes principales de esta tragedia urbana nocturna postmoderna que es *Chamaco*, gran regalo a Miami de su autor Abel González Melo; de su director artístico Albert Sarraín, y de su destacado elenco de actores, regalo que se agradece tanto en una ciudad sedienta

de verdadero teatro como la nuestra.

El teatro es un espejo de la cotidianidad, y por ende, de los entresijos sociales y políticos de la sociedad. Aunque el individuo trate de vivir al margen de la política, ésta repercute de tal modo en lo social que no le permite escapar de ella, siendo su victimaria, cosa que los cubanos sabemos muy bien por experiencia propia y extendida. Como canta Porno para Ricardo, “a mí no me gusta la política, pero yo le gusto a ella”.

Las personas que han vivido bajo una dictadura han tenido que aprender de primera mano que el teatro

económica y, por ende, social.

Kárel Darín es el pinguero procedente del campo que se instala en casa de Felipe Alejo, un anciano homosexual, a cambio de darle escasas migajas de sexo y de afecto –cada vez más espaciadas, y hasta crueles–, a su patético casero, interpretado por el experimentado actor Orlando Casín, al cual aconsejamos “descaricaturizar” el personaje, pues no estamos en una obra de teatro bufo, sino todo lo contrario.

Kárel, corporizado por el actor de cine y televisión Adrián Mas, representa la búsqueda implacable de dinero –como ha dicho el autor– en un



tiene que ver con la realidad, y que, aunque no lo pretenda, ésa es una de sus tareas; al describir realidades, aún si fueran inventadas, el teatro interviene en la vida de los que asisten a una representación teatral, y éste es el primer mérito, entre muchos otros, de *Chamaco*.

No quiere decir que la prostitución sea privativa sólo de países totalitarios como Cuba, pero al existir una aguda asfixia económica, una jinetera o un pinguero consiguen en una noche lo que un ingeniero o un médico no logran en varios días ejerciendo su profesión, a diferencia de aquellos países en que existe movilidad

mundo marginal amoral en donde todo se vale, desde la bisexualidad hasta el asesinato, con noviecita ingenua incluida para satisfacer los referentes paternos y machistas de su cultura popular.

Adrián necesita repasar una vez más que en el teatro es necesaria una mayor gestualidad para que el espectador que está sentado en la última butaca pueda apreciar su trabajo; e interiorizar que tiene que “sentir” el personaje que interpreta, para estar triste y llorar de verdad cuando se entera que le han matado el hijo y el hermano respectivamente a las dos personas con las que está

involucrado sexualmente, aunque sea por diferentes razones.

Continuando con los personajes, me encantó Elvira Valdés en su papel de La Paco, el travesti vendedor de flores y de sexo, amante del policía encubierto Saúl Alter.

Elvira logra una visión fresca y creíble de su travesti, con su voz impostada de modo muy profesional, y me recordó a Felicity Hoffman, por la similitud del reto asumido, en la película Transamerica.

Pedro Moreno, como el policía encubierto, exagera demasiado su pose “ambientosa”, y el personaje debió vestirse como policía –para que quedara más clara su dualidad– cuando visita al viejo Felipe, a raíz de su denuncia despatchada contra Kárel.

Tamara Milián, como Silvia Depás, tuvo su momento más destacado durante su monólogo –lo mejor del texto, según mi humilde opinión–, y brindó una actuación muy fresca en el escarceo amoroso con Kárel en el cuarto de éste, pero comenzó la obra un poco almidonada y mecánica, cosa que debe mejorar.

Juan David Ferrer, como el padre de Miguel y de Silvia, y amante furtivo homosexual de Kárel, dinero

por medio, consiguió la más depurada actuación de la noche, con una credibilidad absoluta para su personaje atormentado por la doble moral social que lo aprisiona.

Miguel Depás, la víctima inmediata –porque todos lo son a lo mediato de sus circunstancias–, paga con su vida el juego de ajedrez perdido en la búsqueda apenas esbozada del placer prohibido, poniendo a Kárel por triple partida como oscuro objeto del deseo, y Lian Cenzano lo borda y lo enfatiza en los momentos precisos, como cuando le echa en cara a su padre su extraña y sospechosa “nocturnidad”, autorrevelada por su afinidad por los mismos recorridos “tras la caza del jabalí”, como dijera Lezama si es que la leyenda no es apócrifa.

Me resultó muy atractiva y referencial la presencia de la guardaparques –marginal como su entorno– Roberta López, una especie de Caballero de París parlante, a quien Natacha Amador dota de un aire de tragedia griega y de matrona involuntaria de tantos estropicios, con su canto-letanía afinado y preciso.

Felicito al autor por la osadía de su texto, tan real que se posa en la artificialidad –el teatro, para captar

realidades, debe ser totalmente artificial, como declarara Herta Müller sobre la literatura en general–; a Alberto Sarraín, el director, porque no sobra nada en la puesta, y por su maestría para lograr representar como teatro una obra “que tiene más de cine”, en sus propias palabras; a Carlos Repilado, por las luces y la excelente escenografía, con cortinas movibles para mostrar u ocultar los diferentes espacios donde transcurre esta tragedia urbana; a Rosario Suárez, por el movimiento escénico tan plástico que coreografió para esta puesta, y a todo el resto del equipo creador, por haber conseguido “que La Habana haya cruzado el mar, y se haya posado en Miami

Baltasar Santiago Martin, Matanzas, 1955. Ingeniero Estructural, promotor cultural y escritor, con tres libros publicados; dirige la Fundación APOGEO para el arte público y es columnista de la revista Venue.

Chamaco fue presentada por La Ma Teodora, Latin Quarter Cultural Center y Archivo Digital del Teatro Cubano de la Universidad de Miami, en el Teatro Trail de Coral Gables, Florida, del 26 de septiembre al 25 de octubre de 2009.

Policiá astral

José Raimundo Graña

La policía de Miami y de Nueva Orleans investiga casos de ataques psíquicos mortales. Legítimos rituales esotéricos, exorcismos e hipnosis son descritos en detalle. Advertencia: El horror y el suspenso pueden quitarle el sueño.

De venta en **Amazon.com** y todos los sitios de Internet que distribuyen libros,

Puede ser también encargado en cualquier librería u ordenado directamente a la casa editorial **XLibris.com**. Hay una versión en Inglés y otra en español.



El lirismo vital de Orlando Rossardi

YARA GONZALEZ MONTES

El último poemario de Orlando Rossardi *Los pies en la tierra*, encierra un obstinado esfuerzo por parte del poeta de querer situarse a sí mismo y ordenar el espacio vital y el destino que por naturaleza propia le pertenecen. Sus treinta y tres poemas van a ofrecernos una geografía espiritual que responde a la corriente subyacente de dolor interiorizado que ha llegado a formar parte integrante no sólo de su lírica, sino de su propia naturaleza. Su poesía, permeada de valor humano, es introspectiva, intelectual y agonista. En el intimismo de estos diálogos que el poeta entabla consigo mismo en sus poemas existe, en gran parte de ellos, una profunda indagación existencial, son descensos a las profundidades del yo que dejan al descubierto un conflictivo mundo interior. Aquellos que conocen a Orlando Rossardi personalmente y no han leído su poesía, nunca podrán imaginar que bajo su apariencia serena y reposada habita tan angustiosa realidad.

Los pies en la tierra contiene un compromiso estético por parte de su autor. Trazando una trayectoria vital subjetiva que es una profunda reflexión en torno a su condición de hombre en el tiempo, el poeta evalúa y ordena el valor de sus vivencias determinando al final de su recorrido, el lugar correspondiente a cada una de ellas y adoptando una nueva actitud ante la vida. De ahí el repetido uso del adverbio de lugar *donde*, en los cuatro espacios en que divide su último poemario. “Donde estamos”, nos sitúa en un presente compartido con nosotros; “Donde fulmina”, contiene “poemas de amar fiero” en los se expone la fuerza impetuosa del amor y sus consecuencias inmediatas; “Donde van”, incluye poemas, de existencia anterior, que según el autor “han querido revivirse” y “Donde quedan”,

ocupado por poemas dedicados respectivamente a Eugenio Florit, a José Olivio Jiménez, a Fernando Pessoa y “A un amigo en su borroso Alzheimer”. Ausentes todos ellos en la enfermedad o en la muerte, pero siempre presentes en el recuerdo del poeta.

Sus poemas, declara el poeta, son el producto del diario vivir, de sus encuentros con los seres humanos que lo rodean, realidades de su tránsito por la vida que van a quedar “guardadas”,

hondos sentires. En el apartado “Donde estamos” sus reflexiones en relación a su quehacer poético quedan al descubierto:

¡qué ocupación tan rara
esta de hacer versos!

Ponerse a eso. Meterse
uno de lleno en esas cosas:

(“Ponernos a hacer Versos”, (15)

El poema está construido a base de transformaciones líricas de hechos que han sido vividos y sufridos por el hablante. Esta definición del “yo



en sus creaciones poéticas siendo las mismas el producto de una circunstancia que ha herido su sensibilidad. Y de esa realidad inmediata parte Rossardi para crear su otra realidad, la poética, la que transforma en sustancia de sus más

y mis circunstancias” del sujeto lírico que es el poema, está sustentada por una serie de elementos negativos. La vida es percibida en un acontecer de acciones que tienen como denominador común el dolor, la tristeza y el desconsuelo. En esa morada de sí

mismo, que va elaborando, cuenta con un elemento básico que él mismo nos define:

Pero es ella, la palabra,
-la soltada al aire o la
esculpida-
el signo más preciso de mi
rostro...("La palabra", 17)

Palabra y rostro forman una unidad existencial. Es una órbita que Rossardi ha mantenido, coherente, a través de todos sus poemarios. Su palabra encierra el acontecer de su realidad. Hay un momento en que al examinar en retrospectiva su pasado el sujeto lírico se pregunta ¿qué pasó y qué se ha quedado de toda la plenitud vivida? . Existen ocasiones en que lo vemos recorrido por el duende, el mismo que Lorca definía como "poder misterioso que todos sienten y ningún filósofo explica.." [1] (110), con un poder que acomete y asedia su memoria "con dientes y cuchillas". El propio duende, conmovido al oír sus rememoraciones lo "arropa como a niño desvalido", pero esta actitud no es propia del duende. El vive para atormentarlo y retorna siempre para asediario con nuevos recorridos por el pasado:

Más tarde, al pasar del tiempo,
se asoma, de nuevo, por mi
historia,[...]
[...se lanza, sin pensar
siquiera
a los espejos a copiar de frente
y de costado todos mis
ensueños,
a dibujar entre las comas y los
puntos
viejas letras que florecen a
fuerza
de entrarse y de salirse por la
vida.

("Recorrido del duende", 21-22)

Entre todos estos desolados pensamientos del primer segmento del poemario, surgen unos pocos poemas donde el poeta abandona por breves momentos su dolor antiguo y pone su atención en otros temas. Entre ellos, el sentido "Ruego del padre", dirigido a su hijo, donde la ternura paternal, el intenso cariño y los buenos deseos del padre por su hijo inundan el espacio

poético, o el hermoso poema que nos dedica a Matías y a mi, "Ritos para armar un pueblo", poema que transpira serenidad y belleza inusitadas sustentadas por el amor. A pesar de estos bellos paréntesis, persiste en el fondo del recuerdo la memoria de un pasado feliz hoy inexistente, *leit motif* doloroso, inquietante y perturbador de su lírica. Hay, a pesar de lo que vengo diciendo, un poema en el que a ese



lacerante recuerdo se superpone una figura desconocida:

Desde ese mar, que es y no es
el mismo,
vienen a buscarme fieras tus
pupilas,
tus labios como Ella
-la escapada-
que quieren besar también por
las orillas
todo lo que de vida queda en
las estrías

("Tiempo inacabado", 34)

Las "fieras pupilas" y los "labios" que se acercan a él le conducen por los vericuetos de la memoria a un rostro que no ha podido borrar de su vida. Es esa Ella, imagen primigenia femenina la que me ha hecho desviarme por un momento de mi trayectoria. Este rostro me ha llevado a una búsqueda en poemarios anteriores obligándome a hacer un breve paréntesis en mi ensayo. Y al fin, encuentro ese rostro, que ha permanecido inalterable a través del tiempo y la distancia, en el alma del poeta, impreso para siempre también en su lírica. En su segundo poemario, *Que voy de vuelo*, existe un momento de felicidad suprema en un junio lejano y distante, "poblado de

vuelos/ y caminos....":

[...] Luego ¡tú! Lirio tú
de sueño aún no soñado,
entrado en fiesta....Lirio tú,
fantástico, de puerto original
de mediodía; y luego,
el mismo oro sobrado
de la tarde,
con tu risa desvelada
-única- de junio total.

(...*Que voy de vuelo*, 18)

El lirio que es uno de los símbolos de luz más antiguos del arte cristiano, ocupa aquí el centro focal del poema. Su asociación con los conceptos de pureza y virginidad son inmediatos. El "oro sobrado" de los cabellos de esta hermosa y angelical imagen destellan una luz dorada que inunda el espacio poético. Mas que una descripción física el poema proyecta una contemplación interior de la mujer cuya belleza se describe. El blanco y el oro son los colores escogidos por el poeta en esta bella y, al mismo tiempo, escueta descripción de la amada. No he podido sustraerme a la tentación de asociar este hermoso poema con uno de los lienzos de Fra Angelico, quizás por la fuerza de ese cromatismo espiritual que lo anima. Este rostro y sus atributos tienen que haber quedado para siempre "en sus entrañas dibujados" y, este verso que acabo de citar, corresponde al último verso de la estrofa de San Juan de la Cruz que el poeta ha colocado como preámbulo a *...Que voy de vuelo*. A partir de este momento, el amor comienza a manifestarse en su lírica lleno de un dinámico entusiasmo:

Besarlo todo y nada más,
asirlo, hondearlo,
rezarle al fuego
su total encendimiento
(*Que voy de vuelo*,! 21)

Y surge el deseo. Y en tono íntimo, y al mismo tiempo exclamatorio a causa de su propia exaltación nos confía sus sentimientos ante lo verdaderamente entrañable:

Te quiero siempre novia,
amor.

Siempre encuentro de
cristales sonadores,
[...] flor a punto de ser dicha

no rasgada flor de su corona
[...] (...*Que voy de vuelo*, 24)

Son poemas íntimos y ardorosos en los que palpamos la alegría plena de un ser vivo y la continuidad de su sentimiento por la mujer amada. Sin embargo, el “sueño aún no soñado” del poeta va a romperse y, al final de una sección de poemas que dedica a Belisa, nombre literario que da a su amada, escribe: “Belisa muy joven, a plena luz del día, después de un largo parto, muere...” (51). Su muerte, sin embargo, es más aparente que real porque el amor del poeta permanece vivo y ella aunque distanciada, habita con más vida que nunca en sus poemas:

Así, quererte
de ese modo. Sin dedos,
sin traspasos.
Solo con ojos que te ven; sin
tacto
o vuelo. Paciente
a ras de la esperanza.

(*Los espacios llenos*, 29)

Esta aproximación a la relación amorosa donde la amada permanece alejada y sorda a los ruegos del amante hace inevitable establecer un nexo entre la poesía de Rossardi y el más refinado de los poetas renacentistas, Garcilaso de la Vega, que en su Egloga II ante la actitud indiferente de la mujer amada deja expresado su dolor:

¡Oh más dura que el mármol
a mis quejas
y al encendido fuego en que
me quemo
más helada que nieve,
Galatea!
Estoy muriendo y aún la vida
temo;
témola con razón, pues tú me
dejas,
que no hay sin ti el vivir para
qué sea”. (Egloga I, 121)

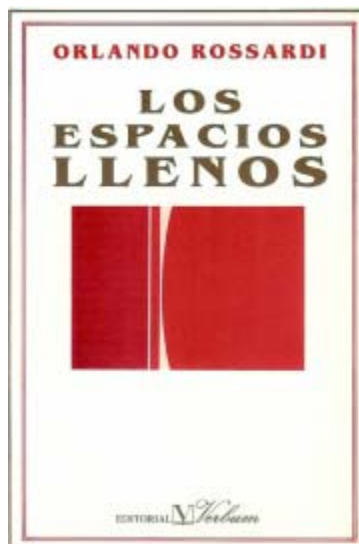
Tanto el uno como el otro en situación semejante responden con similar acento lírico.

El dolor interiorizado de nuestro poeta ante el desdén de Belisa, va a desembocar en la lírica rossardiana, en un erotismo en ausencia que se expresa en varios poemarios en los que la espera y el ruego son motivos constantes:

Mujer, yo si sé jugar con tu

retrato:
sé encontrarte por la piel de
sus esquinas,
llamarte por sus sombras y
que vuelvas
a cederme asilo por esa
geografía
(*Los espacios llenos*, 39).

Sin embargo, la mujer amada en la distancia no tiene existencia real y, en su ansiedad y angustia, el amante acaba por cosificarla. Su obstinada



constatación de la pérdida de este amor y de la constancia de su sentimiento aún se palpa en esa Ella, con mayúscula, que aparece en el poema “Tiempo inacabado”, de *Los pies en la tierra*, que retomamos en este momento para continuar nuestras reflexiones.

Decíamos que en el ámbito lírico del poema comenzaba a perfilarse otra figura femenina, que es la que va a dar paso a una nueva etapa en la vida del sujeto lírico:

Por ese mismo mar que en su
vaivén perece,
mueven tus dedos los hilos del
abrazo,
siembran tus ojos –como Ella-

la semilla
y vuelve a renacer el tiempo [...] [...] tiempo recobrado, furor de vida rescatada

por tu voz, en ese mar que sí es el mismo. (*Los pies en la tierra*, 34)
Este poema encierra el último y más relevante acontecer de este primer

segmento del poemario, un renacer del tiempo que va a desarrollarse en toda su plenitud en “Donde fulmina”, ámbito deslumbrante, dedicado por entero a desarrollar esta relación amorosa en sus seis poemas de amar fiero. Son versos de una belleza, comparable en algunos de sus aspectos al tríptico poético de Miguel Hernández “Hijo de la luz y la sombra”, con la gran diferencia de que aquí no se pretende una aventura cósmica de la perpetuación de la sangre. Debemos prestar atención al título del segmento en que nos encontramos, ya que el verbo “fulminar”, está asociado al rayo, a la vertiginosidad y fugacidad del zigzag de luz que lo acompaña en su recorrido y por extensión, a la muerte. Todo esto se relaciona íntimamente con el amor que en este apartado se describe. El espacio poético en estos seis poemas se inunda de erotismo en un desbordamiento apasionado de deseo ante la contemplación del cuerpo de la mujer amada. Todo en el poema es despertar de los sentidos, vivencia hedonista del presente:

[.....]surca su paisaje la mirada:
la suave esfera, las colinas,
los abrojos, los enebros,
las cúpulas en que bullen
lacteos ríos, los abismos
en que tramitan perlas....(42)

El verbo “surcar”, aplicado a la acción de la mirada sobre el cuerpo deseado parece penetrarlo en toda su profundidad. Los sustantivos dependientes de este verbo se suceden uno tras otro precedidos de sus respectivos artículos en un recorrido que no parece detenerse. Así observamos “esfera”, asociada a los conceptos de totalidad, perfección e infinito; “colinas”, “abrojos”, “enebros”, “cúpulas”, todo un cuerpo de mujer, una nueva geografía deseada, recorrida en su integridad por la mirada:

Como magia de aire
mis dedos flotan
por tu nieve, bailan
por tus grietas,
se acomodan a beber
por tus alturas
y descienden a tus valles. (43)
De la vista se pasa al tacto, los dedos

no se cansan de recorrer el admirado cuerpo, provocándolo al placer. En su ensayo “A Short Treatise of Eroticism”, Jan Kott afirma: “Eroticism is always an act of cognition. In it the body is being dissected, and senses constantly check on one another. Sight becomes endowed with some of the functions of touch and vice versa. Eroticism is a constant appeal from sight to touch and from touch to sight; it is as if the existence of one’s partner were constantly being questioned and require constant proof... A partner created by erotic imagination exists entirely in those intermingling areas of sight and touch....” (74). El tacto es un sentido que limita porque no nos puede ofrecer la totalidad del cuerpo deseado, sino fragmentos del mismo. Jan Kott concentra la atención en el conocer y reconocer lo que significa volver al cuerpo, que en el caso de los poemas de Rossardi consiste en la minuciosidad del recorrido que es lo que da no sólo el conocimiento del cuerpo, sino la prueba de su existencia y de su permanencia en el recuerdo. Los poemas no hacen otra cosa que reafirmar en el tiempo la existencia de la amada y la experiencia vivida, para que quede fija. Kott insiste en la función realizada por los dos sentidos ya mencionados, vista y tacto, que se complementan el uno al otro en su función de búsqueda de la totalidad del conocimiento, pero en la lírica rossardiana se manifiestan todos los sentidos: “La lengua suicidando/ el aire va de tiento/ a tiento...” (44). El gusto juega también, papel importante en la reconstrucción corporal, contribuyendo a alcanzar lo que Kott denomina la memoria del cuerpo.

Por la empinada roca
corre sorda, impaciente
el agua a su guarida.
Por sus aristas surca
en estupor la sangre [...]
[...]y rompe de un golpe
en su volcán la fecha
de empezar a serlo todo,
de nuevo, nuevamente [...]
(*Los pies en la tierra*, 45-46)
elvis42

La plétora tiene lugar consumándose el

amor en su propio cauce y el poema se vuelve proyección del mismo. Finalmente, la voz, que se percibía como un rugido onomatopéyico al principio de todo este proceso amoroso va cediendo en intensidad hasta convertirse en un susurrante latido de “te quiero”. Jan Kott, afirma que.: “the paradox and sadness of eroticism



consists in the fact that its absolute fulfillment is not possible. Testing is possible only during the act itself. To possess means just that. But the moment the act is over, the partner and his/her body become separate again, it exists for itself, not for me.... This is probably the reason for the failure of every passion, and possibly also for the failure of the phenomenon we call love”. (74-75). El sentimiento de discontinuidad será lo predominante y la soledad individual, acabará dominando a los amantes.

En “Hablar de amor” que nos coloca ya en el terreno del tercer segmento del poemario, “Donde van”, el poeta en imaginario diálogo con la amada le dice:

Vamos a hablar de amor
(depuestas las armas)
poniendo en el tapete
el As de su baraja.
A hablar de amor
Con santo y seña, [...]
[...] A hablar de amor,
ja ver como atraviesa
ese camello por su aguja! (50)

En este poema se verifica el fracaso amoroso. Escrito con anterioridad a este poemario, relocalizado en este ámbito por su autor, me parece ser un fracaso que

abarca dos tiempos, dos amores perdidos, pasado y presente que se reúnen en un mismo espacio lírico.

Traspassando la frontera del amor nos situamos finalmente ante al último ámbito poético del poemario, “Donde están”, poblado por amigos, desaparecidos o en proceso de finalizar su vida, al recordar al admirado Fernando Pessoa en “Mi sombra”, el hablante realiza una doble identificación con el poeta y, con su nueva amante:

Mi sombra se columpia, se
incorpora
y posa, como amada, a mi
costado; [...]
[...] me llama por un nombre
que no entiendo
y se me anida, con su luz,
entre las piernas
con sus ropas renegridas y
fragantes,
entre vuelcos y revueltas,
como si ella fuera,
-y yo con ella- un solo y
preterido cuerpo
como si todo ese ir y venir
fuera una seña,
la ruta más exacta de no
hacia uno mismo,
el puerto de ida y vuelta a
Tierra Firme. (71)

Presente, pasado y futuro se conjugan aquí afianzando la unidad estructural del libro y al mismo tiempo develando el destino final del hombre. Ricardo Gullón afirma, que “cuando el poeta ve las vidas como ríos yéndose hacia la mar, “que es el morir”, no sólo ha pensado la vida y la muerte; las ha visto. El verso es formulación verbal de la representación visual de la realidad que de pronto se nos impone” (242). Creo que de este pensamiento parte la concepción del estupendo poema inicial del libro, que sospecho colocado allí a posteriori de la escritura del mismo. En “El hombre es esto que vive” la voz del poeta se levanta enérgica para hacernos una vigorosa exhortación vitalista. Este es un poema de enfrentamiento con la vida e implícitamente con la transitoriedad de nuestra efímera existencia. Es un llamado a evaluar cada momento

vivido como único, irreplicable y perecedero, porque no sólo la vida es transitoria, lo es todo lo vivido. Rossardi, no se enfrenta en este poema a la muerte física, como lo hizo en “Mi sombra”, sino a la vida, y frente a ella se coloca y con vigorosa voz nos alerta antes de que sea demasiado tarde. Debemos vivir sintiendo medularmente cada instante vivido, ya sea este de alegría o de tristeza. Por eso en los primeros versos de las tres estrofas iniciales del poema exclama dirigiéndose directamente a nosotros: “Si hemos de cantar hagámoslo con ganas...”, “Si hemos de morder mordamos con firmeza”, “Si hemos de sangrar sangremos hasta el agobio...”, versos cuyos verbos van aumentando en intensidad en una *crescendo* que va del cantar al sangrar:

Si hemos de vivir vivamos de más y no de menos, echando todo el gozo de un buen golpe afuera, hacia delante -en su alborada- robándole el calor a la tristeza y el oficio de volar a las gaviotas.

Vivamos asiendo cada día, cada hora, por el mango, rasgando fuerte la entraña de la tierra, a todo dar, como si borrara con las ganas la alegría, el llanto. (*Los pies en la tierra*, 14)

El clímax del poema tiene lugar en esta última estrofa que lo cierra, donde la frase “robándole el calor a la tristeza” introduce a esta última, como una condición permanente en nuestras vidas, compañera de viaje a la que debemos despojar de su calor. Sin embargo, el deseo intenso de adueñarnos de nuestra propia existencia, aparece teñido, por ese “como si” condicional, que expresa el carácter hipotético de la propuesta y que deja al descubierto la presencia de “el llanto” que cierra el poema y que parece ser corriente subterránea del mismo y por extensión de la vida humana.

OBRAS CITADAS

De la Vega, Garcilaso. *Poesías castellanas completas*. Edic. Elías L. Rivers. Madrid:

Clásicos Castalia. 1979.

García Lorca, Federico. *Obras completas*. Madrid: Aguilar. 1965.

Gullón, Ricardo. *Una poética para Antonio Machado*. Madrid: Gredos. 1970.

Hernández, Miguel. *Poesías*. Madrid: Tarurus. 1968.

Kott, Jan. *The Memory of The Body*. Evanston, Illinois: Northwestern University Press. 1992.

Rossardi, Orlando. *El diámetro y lo estero*. Madrid: Agora, 1964.

_____ *...Que voy de vuelo*. Madrid:

Plenitud. 1970.

_____ *Los espacios llenos*. Madrid: Verbum 1991.

_____ *Memoria de mí*. Madrid: Betania 1996.

_____ *Los pies en la tierra*. Madrid, 2006.

[1] Lorca, Federico. *Obras completas*. Madrid: Aguilar. 1965

Yara González Montes, Ph.D. Profesora Emérita, Universidad de Hawai. Nació en Cuba.

Helio Orovio

En horas de la tarde del 6 de octubre de 2008, víctima de una inesperada y terrible enfermedad, falleció en el Hospital Calixto García de la ciudad de La Habana, el entrañable amigo **Helio Orovio Díaz**.

Nació en Santiago de Las Vegas el 4 de Febero de 1938, lugar que tenía con orgullo como su cuna, donde dio sus primeros pasos como músico, poeta, periodista, animador cultural y deportivo, hasta llegar a publicar infinidad de libros que van desde poesía hasta posiblemente su obra más importante, ***Diccionario de La Música Cubana, Biográfico y Técnico***; herramienta indispensable para todos los investigadores de la música cubana, autores, compositores y músicos en general. Esta inmensa obra vio la luz primera en el año de 1981, pero la censura estatal le mutiló a aquellas figuras que después de 1959 abandonaron nuestro país. Fueron muchos los que le acusaron de las omisiones, sin saber a ciencia cierta, que en contra de su voluntad ocurrió esto. Los libros, como las canciones y las poesías, tienen vida y vuelo propios y así este diccionario comenzó a llegar a manos que empezaron a cuestionar las omisiones de los innumerables, hasta que en una apresurada forma, en 1992, le permitieron incluir las entradas de los muchos que faltaban, con la idea de posteriormente hacer una edición mayor en español, la que a saber no pudo publicar; pero existe una nueva edición en idioma inglés del año 2004.

A grandes rasgos recuerdo a nuestro amigo **Kico Orovio**, que hoy nos deja, pero nos queda su obra sobre nuestra más importante representación cultural, como pueblo y nación que somos: nuestra Música. En paz descansen nuestro inolvidable amigo.

Mario A. García Romero

Mario A García Romero, investigador y especialista de la música cubana

Juan Cueto-Roig: tres grandes poetas

Emily Dickinson

(1830-1836)

Una rosa

Un sépalo, un pétalo y una espina,
en una ordinaria mañana de verano.
Un destello de rocío, una abeja o dos,
una brisa.
Una travesura en los árboles,—
¡Y soy una rosa!

Una palabra

Algunos dicen
que una palabra muere
. cuando se dice.
Pero yo digo
que es sólo entonces

Maya Angelou

(1928)

Desafío

Amado,
En qué otras vidas o lugares
He conocido tus labios
Tus manos
Tu risa irreverente y desafiante.
Esos dulces excesos que adoro.
Qué certeza hay
De encontrarnos nuevamente
En otros mundos
En algún futuro sin fecha.
Desafío la prisa de mi cuerpo.
Sin la promesa
De otro dulce encuentro
Me negaré a morir.

Sylvia Plath

(1932-1963)



Espejo

Soy plateado y exacto. No tengo prejuicios.
Cualquier cosa que veo de inmediato la absorbo
Tal como es, sin que la empañe el amor ni la
aversión.

No soy cruel, sólo veraz—
El ojo enmarcado de un pequeño dios.
Paso el tiempo meditando en la pared de enfrente.
Es rosada, con manchas. De tanto mirarla
Pienso que es parte de mi corazón. Pero fluctúa.
Rostros y sombras nos separan una y otra vez.
Ahora soy un lago. Una mujer se inclina sobre mí,
Buscando en mis entrañas lo que ella realmente es.
Entonces recurre a esos impostores, el candil o la
Luna.

Veo su espalda, y la reflejo fielmente.
Ella me paga con lágrimas y un temblor de manos.
Soy importante para ella. Su imagen viene y va.
Cada mañana es su rostro lo que reemplaza las
sombras.

En mí ella ha ahogado a una muchacha, y en mí
una anciana
Asciende hacia ella día tras día, como un pez
terrible.

Juan Cueto-Roig, poeta y
cuentista cubano tiene varios libros
publicados y estas traducciones pertenecen
a su *Detrás de las pupilas: el espejo*.
Disquisiciones y traiciones poéticas, aún
inédito.

La fundación de Santa Elena de Yarayá

CARMEN NAVARRO

Señoras y señores, dijo don Pepe, -Este vegetal es considerado por los indios caarracos como un envió de los dioses. creen que cura todos los males. Los males de la vista, sobre todo. Arrancando la vaina hacia arriba, cura la tisis. Arrancándola hacia abajo, cura la sarna. Tomándola en cocimiento, sin el ojo, cura el desvelo; tomándola con el ojo, cura la ceguera.

-Bota eso, branco, que é cosa del demonche!, volvió a decir la negra Enedina.

-No, terca dama, no. Este ejemplar lo pienso vender en Praga muy bien.

-Y aquéllo, don sabio, ¿qué es es?, dijo Elena, señalando un montón de chozas polvorientas que casi no se destacaban del suelo, ante ellos, y que avanzaban lentamente.

-Esos son los tarios.

Taria era una aldea perteneciente a otra provincia, que estaba en un sitio que fue invadido por los misioneros. Decidieron correrse una legua para salirse de la provincia, y se encontraron con la contra de los habitantes de cada lugar en que querían establecerse. Desde entonces, 5 años atrás, se veía al poblado trasladándose carretera adelante. Los

pobladores, hombres, mujeres y niños, agarraban los horcones de ellas, y caminaban como el caracol, con la casa a cuestas.

-¿Y nunca paran?, preguntó Elena.

-A veces, contestó don Pepe,

-Cuando creen no ser vistos, y se



acomodan en algun lugar para quedarse.

-¿Y por qué no los dejan en algún sitio?

-Porque son pobres y no pueden comprar la tierra.

-¿Y por qué no se la regalan?

-Porque no es de nadie.

-¿Y por qué los hombres no la

conquistan?

-Porque son cobardes.

-¿Y por qué no trabajan?

-Porque son ineptos.

-Entonces deberían morirse, apuntó Fulgencio.

-Se van muriendo y naciendo poco a poco.

-Como tó la mundo, terminó Enedina. La aldea taria seguía avanzando poco a poco, en silencio, y al cruzar frente a nuestros amigos, dejó un extraño olor de cera y flores, de antiséptico y de perfume.

-Es que llevan consigo a sus muertos embalsamados, dijo Don Pepe, adivinando los pensamientos. -No se los dejan enterrar en ninguna parte.

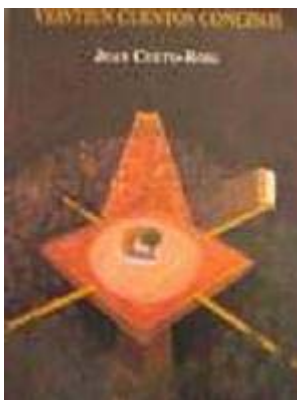
-Por mi estampa!, dijo Elena, -No hay como viajar para ver cosas raras.

Caminaban ya cansados y malhumorados. Se acercaba la noche y no había la más remota señal de pueblo. Calculaban que ya debían estar a la vista de Macundaya de la Santa Cruz.

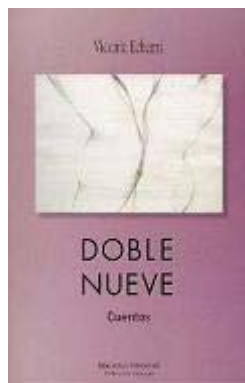
-Hubiera sido mejor haberme quedado en la carcel, dijo rabioso Mitoño.

Carmen Navarro comenzó a escribir su novela después de cumplir los 80 años. Publicada por Ediciones Universal, de Miami, **La Fundación de Santa Elena de Yarayá** le sobrevive a su autora y es ya un clásico.

Libros



Juan Cueto / *Ventiún cuentos concisos*



Vicente Echerri / *Doble nueve*



Reinaldo García Ramos / *El ánimo animal*

Notas de Libros

Julia Miranda, *Diario para Uchiram*. Madrid: Editorial Verbum, 2008.

Uno de los grandes problemas que se presentan al analizar las dictaduras sangrientas como la de Fidel Castro, comunista y una de las más crueles de la historia, recrudescen la dificultad de su análisis porque una propaganda incesante la ha deformado de tal forma que, a nivel mundial, se cree que Cuba era una nación muerta de hambre, un pueblo atrasado en todo sentido, y que la revolución que llegó al poder el 1º de enero de 1959 sacó a la isla de ese atolladero instaurando un régimen que protegería a los pobres.

Julia Miranda salió de Cuba en 1969, pero desde 1962 iba dejando plasmados en páginas manuscritas los sucesos que acontecían mientras el gobierno revolucionario avanzaba. Escribía un Diario, con la espontaneidad de su juventud, con un lenguaje fresco, sin pretensiones literarias, para que su hija pequeña, Uchiram, supiera si es que podían algún día salir del país, los motivos que habían llevado (a ella y su esposo) a tomar tan drástica decisión.

Después de sentir angustias, recibir atropellos, insultos, de vivir en carne propia todo el rigor que el sistema usaba con aquellos que querían irse de Cuba, a los que llamaban vendepatrias, gusanos, traidores, etc., etc., trabajar en albergues y pasar mil calamidades, a Julia y su esposo, junto con sus padres y la niña, les llegó la salida. El Diario quedó escondido en una vieja casona al cuidado de un familiar hasta que el 11 de noviembre de 1994 en que recibiera el primer envío: once páginas mecanografiadas por una entrañable amiga, con la promesa de

que continuaría recibiendo el material. Y así fue.

Pero lo principal de este libro es que descubre para el hombre en general la vida cotidiana bajo la revolución: una fiesta familiar, vacaciones, los programas televisivos, las consignas, los himnos, las leyes revolucionarias, el adoctrinamiento continuo a que eran sometidos, las colas para adquirir los alimentos con la tarjeta de racionamiento, la falta de ropa y zapatos, de medicinas; esa grande y dolorosa verdad que no conocen los que vinieron temprano ni los últimos en llegar.

Julia Miranda escribía la historia sobre el camino; día a día. Este no es un libro de testimonios escritos después, es la verdad en el momento en que estaba sucediendo. Por eso es tan auténtico, tan creíble. La autora no pone nada de su imaginación creativa (ella escribe bellos cuentos y es una gran pintora). No, ella nos dice: Esto es así. Esto está pasando, ¡ahora!

Al fin, veinte años más tarde, residiendo en Miami, Julia tuvo en sus manos casi todas las páginas que había dejado escritas, no todas, porque en Cuba ya no había cintas para las máquinas de escribir y



ante ese impedimento su amiga envió las que quedaban manuscritas, y en el libro podrá el lector ver con sus propios ojos fotocopias de ellas, manchadas por la humedad pero sobreviviendo a una censura que no las pudo estrangular. Y ahí está este libro, magnífico, conmovedor, con sus escenas de la UMAP; con el pueblo en la calle cuando prendieron al comandante Huber Matos; cuando Fidel fue a cortar caña y la tienda del central se quedó vacía, pues todo lo que había se lo llevaron los milicianos “al comandante”, a la vez que tomaban los alrededores militarmente. El susto del pueblo y también la envidia, la mediocridad, la conducta vengativa de muchos, todo lo que llevaban escondido, sus bajos instintos y los de los adulones que se quedaban con las propiedades de los que emigraban. Lean cuando el padre de la autora tuvo que entregar su auto a las autoridades para poder abandonar el país.

El libro cuenta también con un magnífico ensayo psicoanalítico del Dr. Mario L. Beira, en el que el lector aprenderá mucho sobre la conducta maniática de Fidel Castro. Datos de sus antepasados, muy interesantes, de su niñez, de sus relaciones familiares. Por qué el yate en que zarpó de México hacia Playa Las Colorada se llamó “Granma”, y por qué la Isla de Pinos pasó a llamarse Isla de la juventud; incluso por qué prohibió los árboles de Navidad. Y con estos pocos datos los dejo.

Comprende el libro, léanlo, estúdienlo. Necesitaría un espacio mucho mayor para comentarlo. Pero sí les digo que este libro viene para despertar la “inocencia” de aquéllos que todavía creen que “Castro no era comunista” y que la revolución era “tan verde como las palmas”. ¡Ah! Y que los americanos querían invadir Cuba.

JOSE SANCHEZ BOUDY
JSB, autor de varios libros publicados y ex profesor de la Universidad de Greensboro, NC.

Belkis Cuza Malé, *La otra mejilla*. 2008: París: Ediciones ZV Lunáticas.

Hoy es 7 de septiembre; el 7 de abril Belkis me dedicó su libro.

Llegó a mí unos días después, y estuvo conmigo, como hijo fiel, al lado mío, en mi oficina, esperando. Tuvo paciencia este hijo con brazos de papel y piel bergandí y un alma del cual emanaba una palma azul que me recordaba los vitrales de Amelia Pelaez, y una firma.

Se firma el poema y se firman las imágenes: todo es uno. También un dibujo personal, un tesoro, que abre su libro como una mariposa atribulada de felicidad y de colores. Un aura emana de una cabellera anti-Belkis, porque es rubia, pero la tinta no se ha equivocado en el gesto de los ojos y la boca.

Una foto: la magia del pasado detenido en dos planos. No tiene que transcurrir mucho tiempo. La poeta y su foto se han centrado en el momento en que se toma esa realidad. La doble imagen nos recuerda el merkaba de los judíos, el gesto opuesto de lo mismo; una forma reflejada en un lago, un espejo, o un juego virtual en el ordenador.

La poeta encabeza su libro. Todo la refleja: los dibujos, la foto, los poemas. Es un calendario epistolar, un gesto en la suerte Planetaria.

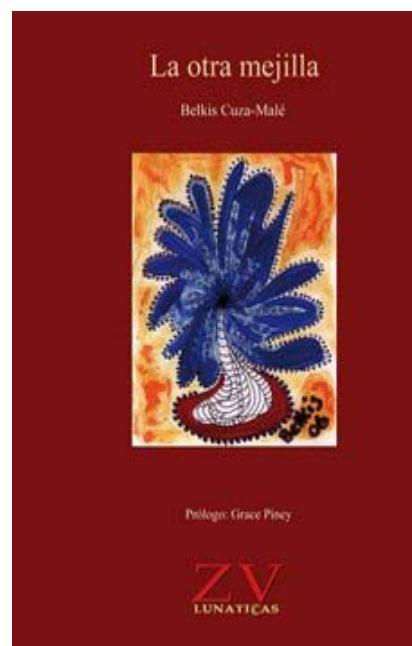
Seguimos un mapa, y llegamos al arco más sagrado donde se sientan las palabras. El prólogo es la puerta y una dama, mientras piensa, nos abre. Alguien me ha llamado, pero regreso al mapa, Creo que comprendo a tiempo todo lo que ha pasado. Voy a oír a Belkis mientras me dice todo aquello que vivió, miro hacia las columnas de esta casa y tropiezo con el cielo: allí está el título del libro, pero como su foto, refleja un doble ser, el movimiento de un cuerpo de luz. La poeta está en el centro y la otra mejilla tiene una imagen que se repite formando primero lo simétrico y

después la unidad.

Todos tenemos otra mejilla. La poeta habla de la suya:

“A cualquiera que te hiera en la mejilla...” dice la Biblia y la poeta Cuza Malé tomo su pausa para cargar su libro de optimismo. La naturaleza, en su espontaneidad y magia, llevó a cabo el milagro de las lilas y la mejilla es sólo una idea cuando dijo: “nació la alegría salvaje”

Todo poeta le pregunta a Dios por su



existencia. Todo poeta indaga por la justicia de vivir, y pide por una experiencia que haga la vida algo más que un absurdo: “Vivir en la cabeza de un pintor, ser soñada. Además de los dolores conocidos, de las memorias de la patria, los amigos y los libros que dicen, una se encuentra también con los destellos de visiones que acaparan palabras surrealistas... Hay días, aunque estos son de Belkis porque ella” pondría un caballito de mar, una abeja, una espátula, un diente...” y juega de una forma diferente, a la tristeza. En el poema “Pájaro mío” tenemos a la poeta escribiendo con el ritmo de los que buscan todas las posibilidades inmediatas y en las que yo encuentro que Cuza Malé alcanza la lírica más iluminada:

“un pájaro senil, una diosa
dibujada en el medio de la frente,
un pájaro inventado por el cine,
un pájaro para tocarlo dulcemente
como una melodía
de Stravinski.”

La poesía de Belkis posee realidades
superpuestas muchas veces;
En el poema “Jaguey Grande” donde
se haya la descripción de la llegada a
un pueblo, de momento la poeta sale
a describir los objetos o personas que
encara a su llegada. He notado la
siguiente visión:

“y junto a la farmacia

Fuimos embestidos por seres de
aluminio

O de algún metal desconocido”

Qué bellamente desviado de la
realidad, o más bien decir qué
bellamente llevado a la realidad
alterna.

Y mas adelante, se inician los poemas
de la melancolía: “Olvide el poema de
la casa de la Habana...” “Quién hizo
trizas la noche y arrastró la memoria
como un disco de fonógrafo...”

Cada cita sale de los poemas de la
melancolía; cada cita se une a la otra
porque los poemas, en grupo,
procrean aquel pequeño verso que
como niño amamanta y crece.

Melancolía IV es el poema de la
melancolía en su estado más exaltado
porque es la abuela, la raíz, y dice la
poeta:

“Esta vez no me ha fallado la
memoria.

estoy de pie junto al muro, y el río es
es un cabello de mi abuela.”

Este poema deja un tierno olor en los
ojos.

Aunque en el lector pudiera ser el
reconocimiento de su propia
emoción. Las palabras tienen ese
poder y la poesía es el medio de
llegar a ese punto interior que toca el
momento. Este poema de Belkis ha
tocado; ha tocado la melancolía.

La melancolía siempre conduce por
un camino. La salvación radica en la
mitología. Nada tiene más ventanas
que un mito, porque el mito contiene
la ventana de la posibilidad y donde
hay posibilidades, hay esperanza.

Ahí precisamente encontramos a la
poeta,

Convertida en la ciudad que se
construye, convertida en el
constructor, en el sueño, convertida
en el poema:

“Fui más allá: regalé mi crayón azul,
mi amor

Por todo lo que veo y toco,”

Hay poemas en esta “otra mejilla”
que, aunque cortos, tienen suficiente
espacio para avastecerse de una
suave ironía. Cualquiera que sea el
tema, se disfruta mucho, desde el
punto de vista del lector.

La investigación del sub-texto. Belkis
deja caer la palabra como si esta
fuera una pieza de ajedrez: la pone, la
quita, piensa, la vuelve a poner, ya
sabes que la palabra conoce el doble
juego, lo que no se dice pero que
ambos jugadores entienden; el lector
observa la dinámica humana
siguiendo la línea de Darwin para
sobrevivir.

El penúltimo poema del libro es un
poema dedicado a Heberto Padilla,
“Oda para un conquistador de lo
desconocido” Un poema del cual
emanan
las sensaciones que habitan en el
conquistador (de ahí su título).
Con palabras como: “sin suerte,
agonía, cruzó el mar, misión,
camino, víctima” conocemos el gesto
del hombre interior que sigue una
línea de destino. La poeta cuenta,
como escondida detrás de una
cortina, y susurra sus verbos para
que el otro poeta quede marcado en
su propia historia.

La Otra Mejilla es un libro de
momentos inesperados tomados del
acto de la memoria, sin secuencia en
tiempo. Son interesantes los saltos de
la experiencia. Cuza Malé nos deja
ver el instante que se expresa en el
poema; memorias de familia,
memorias de sentimientos, memoria
histórica, el poema psicológico de
ojo penetrante que capta todo un
sistema de existencia.

Así me he paseado por este libro,
cargando mi sombrilla ante un sol
que anega mis pupilas con golpes de
comprensión; “lámpara de
huracanes” dice Belkis Cuza
Male, “lámpara de huracanes”.

MAYA ISLAS

*Maya Islas, poeta y artista
visual, autora de **Quemando
luces, entre otros.***



84, rue Quincampoi 75004, Paris

arsatelierparis@gmail.com



Padilla Cigars

305 / 362- 8773

1501 SW 8th St. Miami Fl 33135

Suscríbese a

4 números al año

Linden Lane Magazine

Po Box 101582 / Fort Worth Texas 76185-1582

\$30.00 INDIVIDUOS

\$60.00 UNIVERSIDADES E INSTITUCIONES

Ahora con un nuevo formato

Padilla Cigars *1501 SW 8th St. Miami Fl 33135*

305 / 362- 8773 En el corazón de la Pequeña Habana

